

LOS MALABARES DE LA POBREZA

Testimonios de beneficiarios de la estrategia
Territorios de Inclusión y Oportunidades (TIO)

Editores:

Óscar Rojas Rentería
Juan Camilo Cock Misas

Crónicas:

Julio César Londoño



LOS MALABARES DE LA POBREZA

Testimonios de beneficiarios de la estrategia
Territorios de Inclusión y Oportunidades (TIO)

LOS MALABARES DE LA POBREZA

Testimonios de beneficiarios de la estrategia Territorios de Inclusión y Oportunidades (TIO)

© Alcaldía de Santiago de Cali

ISBN: 978-958-56061-8-0

Editores:

Óscar Rojas Rentería
MD, MPH, MSc.

Juan Camilo Cock Misas
MA, PhD

Crónicas:

Julio César Londoño

Fotografía:

Betsimar Sepúlveda

Diseño e impresión:

El Bando Creativo

Santiago de Cali, Colombia

Primera edición, diciembre de 2017



CONTENIDO

TIO, una estrategia de alto impacto social	5
Prólogo	9
Introducción	15
Testimonios	26
"Señor, ponga ahí que mi mamá es una gran luchadora" FABIÁN RENTERÍA	29
Los sueños se cumplen LUIS EDUARDO VARGAS	37
Adoquinando el camino ALEXÁNDER RAMÍREZ	43
Del Bon Ice a la biblioteca CAROLINA TORRES	49
El evangelio y los detergentes MARITZA SUÁREZ ORTIZ	55
El <i>dream team</i> de Dios ANDREA Y ESTEVEN	63
La humildad de un papá grande ESTEBAN ORTIZ	73
"A veces ella me saluda por WhatsApp" LUIGI ALEJANDRO ZAPATA LONDOÑO	83

La generosidad de un diseñador	
CÉSAR MICOLTA	89
Los bankomunales de Villacarmelo	
DE ZONA ROJA A PARAÍSO VERDE	93
Tras los pasos de Lao Tzu	
RAFAEL GARZÓN	99
Entre el banco y la tienda	
MARLENY LÓPEZ	105
Que no se apaguen los fogones	
JULIO CUERO	109
Talento en la cabeza y mucha calle en los pies	
VÍCTOR JHONSON	117
Entre el fuego y la pelota	
DIEGO FERNANDO IBARGÜEN LARGACHA	127
Un dúo entrañable	
JORGE ARLES Y WILLINTON ORTIZ	137
Coser para no morir	
AURELIA CARVAJAL	149
"Para que nadie se sienta indefenso"	
DANNY MINA	157
Contribuyentes a la estrategia TIO	164

TIO, UNA ESTRATEGIA DE ALTO IMPACTO SOCIAL

Cuando pienso en cuál de tantas motivaciones fue la que me llevó a lanzarme como candidato a la Alcaldía de Cali, llego a la conclusión de que dos razones fueron determinantes.

De un lado, la necesidad impostergable de hacer algo por la gran cantidad de personas que a diario se acuestan con hambre en nuestra ciudad; más de 120.000 personas que, según el Banco de Alimentos, solo cuentan con una ración de comida al día. Del otro, la angustia que me produce ser consciente de que los niños y las niñas de los territorios más vulnerables de Cali no tienen la misma oportunidad que disfrutan mis nietos de acceder a una educación de excelente calidad y en espacios dignos, lo que los pone en desventaja por el resto de la vida.

La indiferencia generalizada ante esta inequidad, sin hacer algo contundente para que no ocurra, fue decisiva para postularme a la Alcaldía. Con la experiencia del programa Siloé Visible, que apoyé desde el sector privado, me había convencido de que cuando a un territorio deprimido llega una

oferta integral con oportunidades de desarrollo, sus habitantes se empoderan y cambian la forma de asumir su realidad para transformarla. Por eso, al llegar a la Alcaldía valoré tanto y fortalecí la estrategia de Territorios de Inclusión y Oportunidades (TIO). Fue así como en el Plan de Desarrollo Municipal de nuestro Gobierno, "Cali Progresa Contigo", extendimos la estrategia TIO de 65 barrios en 11 comunas, a 90 barrios en 18 comunas; e incluimos a los 15 corregimientos del área rural.

La estrategia TIO nos ayuda a implementar las grandes apuestas de esta administración, en especial la de lograr una educación de calidad para todos. Por esta razón aumentamos el gasto social en el sector educativo, con una inversión de quinientos mil millones de pesos que se ejecutarán en los próximos dos años. Esta es la inversión en educación más importante de Cali en los últimos 20 años.

Estamos construyendo 7 nuevos colegios y 6 Centros de Desarrollo Infantil (CDI) que se sumarán a los 5 CDI que ya se han construido en zonas TIO. También se rehabilitarán, adecuarán y modernizarán 150 de las 342 sedes escolares de Cali; estas intervenciones están focalizadas en establecimientos educativos de los territorios TIO, incluyendo los de la zona rural. Gran parte de estos recursos, conseguidos con la banca privada, se invertirán en el mejoramiento de la calidad educativa, apoyando el proyecto TIT@ e interviniendo aspectos metodológicos y pedagógicos de los procesos de enseñanza-aprendizaje en el aula, con participación decisiva de rectores y docentes. La cultura y el deporte estarán presentes como coprotagonistas de estos procesos, ya que cumplen un rol fundamental para vincular a las comunidades en las cuales se insertan las instituciones educativas.



La generación de empleo e ingresos para la población vulnerable es otra de las apuestas de nuestra administración. La concentración de jóvenes, mujeres cabeza de hogar y minorías étnicas en los territorios TIO nos ha llevado a apoyar procesos de capacitación para la empleabilidad y el mejoramiento de los ingresos económicos, priorizando nuestros recursos y canalizando los del Gobierno central y la cooperación internacional en estos grupos. Preparar a la población más pobre para un empleo e ingreso dignos es una de las opciones que tenemos para disminuir la violencia y el consumo de sustancias psicoactivas que agobian a los habitantes de nuestros barrios.

La confianza institucional en el sector público es fundamental para lograr nuestras metas. Motiva, además, al sector privado a trabajar en cooperación con la Administración Municipal. Proyectos como el Tecnocentro Cultural Somos



Pacífico, de la comuna 21, y el Centro de Desarrollo Infantil, en Altos de Santa Elena en la comuna 18, son ejemplos de ello. Debemos seguir consolidando alianzas público-privadas que permitan el desarrollo de proyectos relevantes en territorios de población vulnerable.

Todas estas acciones tienen un propósito: que la población que habita los territorios más pobres de Cali cuente con las oportunidades necesarias para superar las condiciones de pobreza en que vive. Las crónicas recogidas en este libro ilustran la forma en que las inversiones focalizadas a través de la estrategia TIO logran transformar vidas. Nos permite conocer de manera íntima las inmensas dificultades y los múltiples obstáculos que con esfuerzo superan muchos jóvenes, adultos, mujeres jefes de hogar, afros e indígenas, para subsistir y progresar, haciendo un despliegue de extraordinaria creatividad y resiliencia. Todos ellos le hacen verdaderos malabares a la pobreza.

Estos testimonios son un estimulante ejemplo del formidable empuje y de la creatividad de las personas menos favorecidas por salir adelante. Nos inspiran a trabajar para acelerar su progreso. Sabemos que no seremos inferiores a este desafío y a la gran responsabilidad que tenemos para lograrlo.

Maurice Armitage Cadavid

Alcalde de Santiago de Cali

PRÓLOGO

La vida es una fuerza incontenible. La vemos en la selva exuberante, en el aleteo frenético del colibrí, en la avidez del depredador acechando a su presa y en el ímpetu con que ella huye.

Esa fuerza existe en cada ser humano: en la vendedora de chontaduros, en el vaivén de trapos rojos en los parqueaderos, en el reciclador que empuja su carreta de cartones a pleno sol.

Pero en la persona esa determinación es, además, una vocación; un llamado a trascender la satisfacción de lo material, a establecer vínculos afectivos y fundar hogares, a crear comunidades sanas, a encontrarle sentido a su vida. Si esa vocación de trascendencia no existiera, tampoco habrían existido la Madre Teresa, Gandhi, Ana Frank, Martin Luther King.

La expresión colectiva de esa fuerza vital está en las ollas comunitarias, escuelas informales, rifas para pagar entierros, fritangas para arreglar canchas y mingas para adornar las calles en Navidad.



Esto significa que el desarrollo es la expresión social de la fuerza de la vida. Es lo que normalmente sucedería si todas las personas pudieran realizar su vocación humana y sus aspiraciones familiares, si todas las comunidades encontraran medios más eficaces que las fritangas para realizar sus sueños.

Pero ¿por qué no sucede?

Porque hay injusticias estructurales que le meten palos a la carreta del reciclador. Una es que su vehículo sea una carreta y el motor, su cuerpo debilitado. Otras, que sus hijos vayan a la escolita informal del barrio; que le compre el cemento al especulador o tenga que empeñar su bicicleta en el "gota a gota" para pagar el antibiótico de su bebé...

Los palos en la rueda son inequidades estructurales que despilfarran el esfuerzo heroico de cada pobre por vivir: la ganancia del reciclador no compensa las calorías que quema en su larga caminata. El diploma de la escolita del barrio no abre el mismo horizonte que el del colegio bilingüe; el alcance del desarrollo personal no es igual para el niño que crece al lado del caño que para el que crece en estrato seis.

Estas injusticias estructurales les dan muchos metros de ventaja a unos sobre otros en la largada de la carrera de la vida. Mientras unos crecemos y vivimos en la opulencia, otros se enfrentan a una vida llena de escollos desde antes de nacer.

Por eso, Amartya Sen define el desarrollo como *ejercicio de la libertad*; aunque advierte que *la libertad pasiva* no es lo mismo que la *activa* porque la ausencia de restricciones no es libertad. Ser libre es contar con lo necesario para ejercer las propias libertades a plenitud. Nadie le impide al reciclador ir a votar; pero, si vive en el basuro, no tiene dinero para el bus, no sabe leer ni escribir, ni tiene información para elegir a conciencia, no es verdaderamente libre de ejercer sus derechos políticos; al contrario, es esclavo de los candidatos de turno que compran su voto con dinero, o lo engañan con promesas cínicas.

Solo hay una ruta hacia el desarrollo humano y social: poner a la persona en el centro del trabajo social y enmarcarlo en claros referentes espirituales y éticos que lo encaucen por la vía del humanismo y la formación de las conciencias, y liberar a la gente de las trampas estructurales que despilfarran su energía, frustran sus esfuerzos y matan su esperanza.

Esa liberación requiere elevarlos a la dignidad de sujetos de su propio desarrollo, liberándolos del *asistencialismo* que atrofia su potencial de autonomía y también del *desarrollismo* que lo ahoga en macroproyectos.

Si bien hay suficiente conciencia sobre el efecto inhibitor del asistencialismo en el desarrollo de la persona y, por ende, también de las comunidades y sociedades, el desarrollismo sigue de largo con pujanza incontenible y arrasa los

brotos de ese desarrollo presentes en cada olla comunitaria, en cada minga, en cada iniciativa de la gente para liberarse de la pobreza. Lo grave es que, con sus estrategias economicistas y desligadas del contacto humano, mata los sueños y esperanzas de los más pobres.

Los mata, porque la inversión social suele distribuirse en sílos poblacionales o sectoriales y dispersarse en proyectos que atacan los síntomas de la pobreza sin alterar los equilibrios perversos que la perpetúan^{1,2}. Los mata, porque la acumulación de fracasos en el esfuerzo de los pobres por satisfacer sus necesidades esenciales crea en ellos un *pensamiento de túnel*³, que acorrala su mente en la urgencia del día y los induce a endeudarse hoy para solucionar la urgencia hoy, y mañana, para solucionar la de mañana.

Estudios hechos en Bangladesh muestran que los pobres usan en promedio diez productos financieros al mismo tiempo⁴. Como los malabaristas en el circo, pagan la deuda más apremiante, cualesquiera que sean las consecuencias de desatender las demás porque "mañana será otro día y otra deuda". Así caen poco a poco en la esclavitud de múltiples deudas imposibles de pagar, en la paralizante falta de

-
1. MARTIN, Roger L. y OSBERG, Sally. *Getting Beyond Better: How Social Entrepreneurship Works*. USA: Harvard Business Review Press, 2015. 248 p.
 2. ELKINGTON, John y HARTIGAN, Pamela. *The Power of Unreasonable People: How Social Entrepreneurs Create Markets that Change the World*. USA: Harvard Business Review Press, 2008.
 3. MULLAINATHAN, Sendhil y SHAFIR, Eldar. *Scarcity, Why Having so Little Means so Much*. New York, N.Y.: Times Books, Henry Holt, 2013. 128 p.
 4. ELKINGTON y HARTIGAN, Op. cit., p. 129.

esperanza y en la necesidad de hacer malabares con deudas impagables para sobrevivir; en ningún caso para prosperar.

La estrategia Territorios de Inclusión y Oportunidades (TIO) es un enfoque diferente de la administración pública en su manera de relacionarse con las comunidades más pobres; lo es, porque las inversiones en sus territorios no se originan en la súplica de la gente a candidatos o gobernantes, sino en la decisión del Gobierno de acercarse a ellos y luchar contra su pobreza.

Es diferente, porque el equipo TIO acompaña y apoya a las comunidades para que identifiquen sus necesidades, establezcan prioridades y las conviertan en proyectos; y, en especial, porque garantiza la ejecución pronta, articulada y simultánea de todos ellos.

Es diferente, porque la prontitud y la eficacia de la respuesta de la Administración a sus necesidades les destapa el túnel. Lo destapa, porque la interacción directa del Gobierno con los ciudadanos más pobres les quita espacio a los intermediarios del poder, logra una mayor eficacia



en la inversión pública y restituye su confianza en el Estado.

Es diferente, porque libera a la gente de la resignación crónica y le devuelve su visión de futuro; también la libera del estrés tóxico de los malabares y, al hacerlo, restituye la capacidad de su cerebro de vislumbrar un mejor futuro y esforzarse por construirlo.

Es diferente, porque el verdadero desarrollo consiste en devolverle al pobre su dignidad; lograrlo es la inspiración profunda de la estrategia TIO.

Los protagonistas de este libro dan fe.

María Eugenia Carvajal de Guerrero

INTRODUCCIÓN

Estrategia Territorios de Inclusión y Oportunidades (TIO)

Bajo la administración del alcalde de Santiago de Cali Rodrigo Guerrero Velasco, en el año 2012 se gestó la estrategia Territorios de Inclusión y Oportunidades (TIO) y se incorporó al Plan de Desarrollo Municipal (PDM) CaliDA 2012-2015.

Con esta estrategia la Administración pretendía dar respuesta integral y diferenciada a las necesidades y las aspiraciones de todos los caleños, para construir una sociedad más justa, incluyente y próspera. El PDM de entonces identificó que uno de los desafíos más grandes por enfrentar era la pobreza en la que vivía el 23 % de la población y la pobreza extrema que afectaba a más del 5 % de los caleños. Luchar contra la pobreza y, sobre todo, contra las trampas de la pobreza que obstaculizan la inclusión, niegan las oportunidades y vuelven inalcanzable el desarrollo humano integral, se convirtió en el objetivo principal de la política pública.

La pobreza y la inequidad se manifiestan en los territorios.

Equidad para Todos resumía el contenido de la primera línea estratégica de ese PDM, que convocaba a la defensa de la primera infancia, a luchar contra el hambre y la pobreza, a

invertir sustancialmente en educación, capacitación en competencias laborales, empleabilidad y generación de ingresos para jóvenes, mujeres y víctimas del conflicto armado.

La pobreza y la inequidad se manifiestan en los territorios. El diagnóstico de Santiago de Cali para el PDM 2012-2015 evidenció que la pobreza y la desigualdad se centraban en el acceso restringido a los derechos, las libertades y las capacidades que se requieren para vivir de forma pacífica, productiva, creativa y saludable. Esto se veía expresado principalmente en:

1. Marcadas diferencias entre comunas, barrios, lo rural y lo urbano.
2. Falta de voz, voto y veto de un amplio segmento poblacional en la práctica de la democracia.
3. Altos índices de violencia, reflejados en una alta tasa de homicidios, en particular en varones jóvenes entre 15 y 35 años. Reconociendo este panorama, la Administración municipal, en el marco de la Política Nacional de Seguridad y Convivencia Ciudadana, estructuró la estrategia TIO para aplicación directa en las poblaciones y los territorios más necesitados y vulnerables de la ciudad.

Durante la primera etapa (junio, 2013-2016), la estrategia contó con el apoyo de la Fundación Ford a través de la ONG GIP, asociada a la Cámara de Comercio de Cali.



La actual administración del alcalde Maurice Armitage ha confirmado la importancia de la estrategia TIO como punta de lanza de la acción social del municipio en los territorios más vulnerables. Así se establece en el PDM, *Cali progresa contigo* 2016-2019, donde se indica: "La definición de programas y metas en el Plan de Desarrollo Municipal (PDM) se concreta en el territorio a través de estrategias de intervención que parten de la identificación de las necesidades, y a partir de las cuales se desarrollan proyectos específicos en determinadas áreas de la ciudad".

En este contexto, el PDM *Cali progresa contigo* 2016-2019 plantea dos estrategias de intervención territorial que apuntan hacia la priorización de las inversiones públicas en los territorios, basada en criterios de disminución de brechas, haciendo uso de la estrategia TIO, y a la concreción del modelo de ciudad planteado en el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) vigente, a través de los proyectos zonales identificados en el trabajo de planificación de escala intermedia del POT.

Objetivos

En términos de objetivos, la estrategia TIO se propone:

1. Reducir la pobreza y la pobreza extrema combatiendo las trampas de pobreza.
2. Fortalecer el tejido social de las comunidades y contribuir a la paz, la seguridad y la resiliencia en los territorios.
3. Fortalecer la toma de decisiones, la capacidad de respuesta y el empoderamiento de las comunidades en el manejo de sus asuntos.
4. Construir una red de aliados con el sector privado y organizaciones de la sociedad civil, para aumentar el impacto y la cobertura de las intervenciones en territorios vulnerables.
5. Contribuir al aprendizaje y a la generación de conocimiento para futuros esfuerzos de inclusión y reducción de pobreza en Colombia y el mundo.



En la formulación de sus objetivos y de los mecanismos para alcanzarlos, la estrategia toma como referencia los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y un enfoque de entornos para la vida, a fin de mejorar las condiciones sanitarias, ambientales y sociales de los territorios.

Actores

TIO es una estrategia de intervención territorial cuyas acciones se ven reflejadas en los territorios más vulnerables. Sin embargo, como ya se indicó, también es una estrategia transversal de articulación, focalización y sincronización de las intervenciones que se llevan a cabo mediante procesos de concertación entre dependencias del sector público y el sector privado, con organizaciones de la sociedad civil y, sobre todo, con organizaciones comunitarias de base.

Por parte del municipio, la estrategia TIO se ejecuta a través de las siguientes dependencias y entidades de la Administración municipal:

- Secretaría de Bienestar
- Secretaría de Cultura
- Secretaría de Deporte y Recreación
- Secretaría de Educación
- Secretaría de Infraestructura
- Secretaría de Desarrollo Territorial y Participación Ciudadana
- Secretaría de Gobierno
- Secretaría de Paz y Cultura Ciudadana
- Secretaría de Desarrollo Económico
- Secretaría de Salud
- Secretaría de Vivienda
- Secretaría de Movilidad



- Departamento Administrativo de Gestión del Medio Ambiente
- Departamento Administrativo de Planeación Municipal
- Empresa Municipal de Renovación Urbana
- Empresas Municipales de Cali
- Metrocali

Todas estas dependencias envían representantes al Comité Técnico TIO, instancia que visita los territorios, evalúa las solicitudes de la comunidad y las aprueba para presentación y decisión del Consejo de Gabinete del municipio.

La estrategia TIO también articula algunas acciones con entidades del sector privado, fundaciones, organizaciones de la sociedad civil, líderes y representantes comunitarios y otros actores que desean contribuir y complementar las acciones del Estado, en busca de objetivos comunes y de mayor bienestar e impacto en los territorios. Así mismo, participa en procesos de identificación de necesidades de intervención y financiación con organizaciones multilaterales, como el Banco Mundial, el BID, la CAF, las Naciones Unidas y ministerios y agencias del Gobierno nacional como el Ministerio de Educación, el Ministerio de Vivienda, Prosperidad Social y Findeter, entre otros.

Criterios de selección y territorios

La estrategia TIO se priorizó, originalmente, para intervenir en 65 barrios de 11 comunas del área urbana de la ciudad. Estos territorios fueron priorizados por sus altos índices de pobreza y violencia; en su mayoría se ubican en la zona de ladera y en el oriente de la ciudad, sectores que fueron poblados en muchos casos de forma desorganizada y no planeada a medida que la ciudad crecía en población sin estar preparada para ello. Para el Plan de Desarrollo Municipal 2016-2019, el número de territorios aumentó a 90 barrios en 18 comunas del área urbana, algunos de ellos en zonas tradicionales de la ciudad que también albergan sectores con pobreza y problemáticas sociales. Más adelante se incorporaron a la estrategia los 15 corregimientos del área rural del municipio, que históricamente ha estado rezagada frente al área urbana. Para la priorización de los territorios se consideran diez factores claves:

- Número de homicidios
- Mortalidad infantil
- Desnutrición infantil
- Casos de dengue, chikunguña y zika
- Deserción escolar
- Número de personas con aseguramiento en el régimen subsidiado
- Escasez de equipamientos deportivos, culturales, educativos y ambientales
- Desempleo
- Número de personas víctimas del conflicto armado
- Número de personas en proceso de reintegración



El análisis de estos factores permite priorizar los barrios y los sectores del municipio que más necesidades tienen y que deben entrar en la estrategia. Este análisis se complementa con: (a) visitas de campo para identificar condiciones físicas de los territorios, y (b) discusiones sobre las problemáticas sociales con líderes locales.



Líneas de trabajo

La estrategia TIO estructura sus acciones en cinco líneas de trabajo:

- Combatir la pobreza en todas sus formas: esta línea está orientada a reducir la pobreza y la pobreza extrema, fortaleciendo las capacidades de la población para superar las causas de tales condiciones. Se incluyen varios proyectos de empleabilidad y emprendimiento, proyectos que mejoran el acceso a recursos financieros a través de asociaciones comunitarias para el ahorro (bankomunales) y comedores comunitarios para la población más pobre.
- Promover entornos para la vida: busca mejorar la calidad y las oportunidades de vida de los habitantes de los territorios mediante intervenciones intersectoriales que propicien entornos saludables, sostenibles,

seguros, cívicos, incluyentes y generadores de oportunidades en la vivienda, el espacio público y en los entornos educativos, laborales, comunitarios y ecosistemas estratégicos. Esta estrategia ha contribuido a construir o mejorar parques, bibliotecas, escuelas, sedes comunales, centros culturales, iluminación de espacios públicos y vías en los barrios con mayores déficits. También se han implementado programas recreativos, deportivos y culturales.

- Impulsar la calidad y la pertinencia educativa para todos: esta línea está enfocada en fortalecer la cobertura, el acceso, la permanencia y, en especial, la calidad de la educación desde la primera infancia para sentar las bases de una población con las competencias para desenvolverse con éxito y sin quedar excluida de las oportunidades del mundo contemporáneo. A través de la estrategia TIO se ha incrementado el número de cupos para niños y niñas de 0 a 5 años en Centros de Desarrollo Infantil (CDI) y se han formado a padres, madres y cuidadores en habilidades de crianza. En el periodo 2016-2019 se hará la mayor inversión en muchos años en infraestructura educativa y mejoramiento de la calidad, incluyendo deporte y cultura en el entorno escolar, en el programa Mi Comunidad es Escuela.

A través de la estrategia TIO se ha incrementado el número de cupos para niños y niñas de 0 a 5 años en centros de desarrollo infantil y se han formado a padres, madres y cuidadores en habilidades parentales.



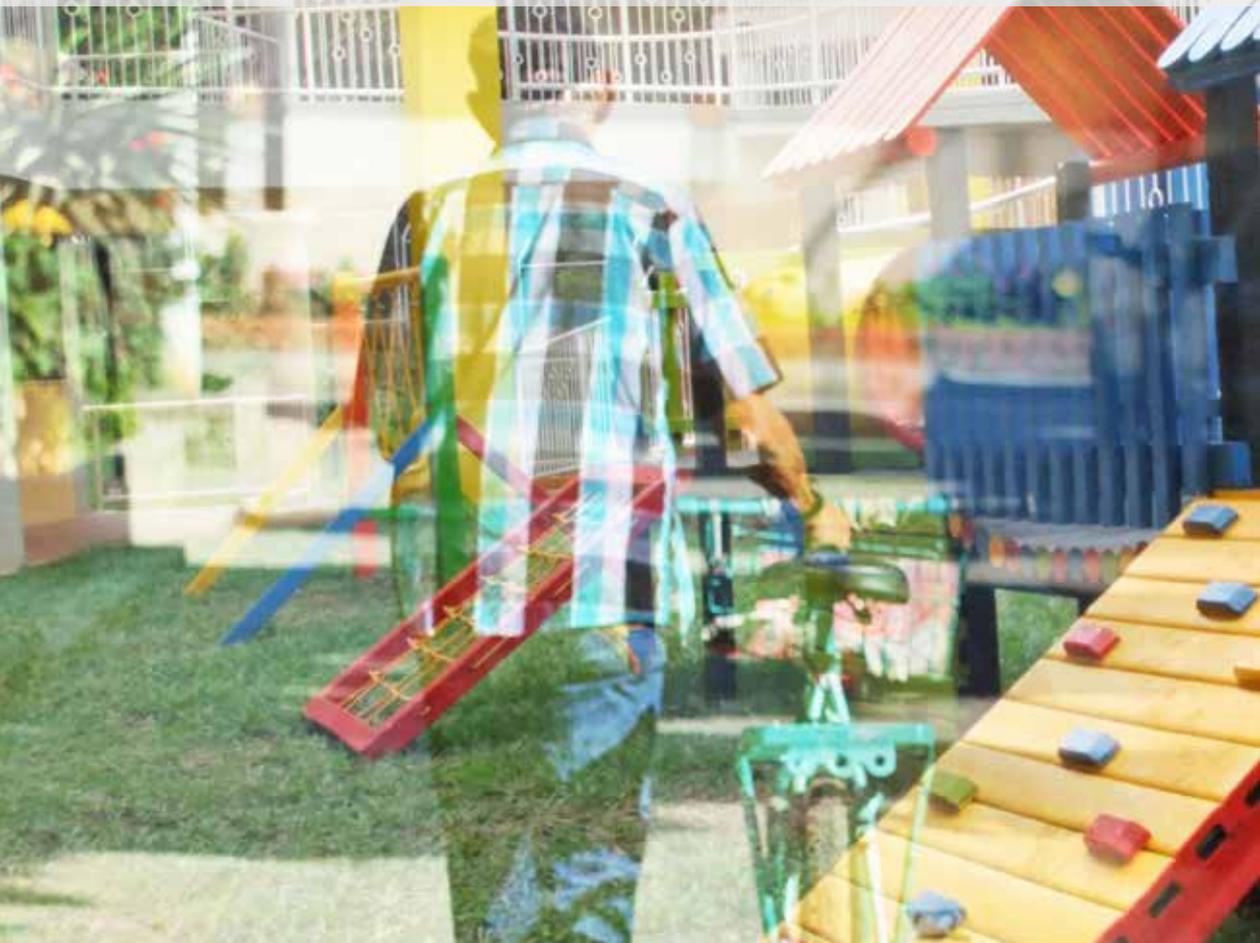


- Fomentar territorios pacíficos, incluyentes y más equitativos: aunque en los últimos años la tasa de homicidios ha venido bajando en Cali, las zonas en donde están los TIO son las más violentas en una ciudad de por sí violenta. Con la implementación de la estrategia se han puesto en marcha proyectos para mejorar la convivencia en los barrios y dar apoyo psicosocial y opciones de emprendimiento a los jóvenes más vulnerables, a través de organizaciones como los colectivos y proyectos para el Tratamiento Integral de Pandillas (TIP).

- Fortalecer la participación comunitaria como herramienta de democracia y rendición de cuentas: en la esencia de TIO está trabajar con las comunidades para que estas sean parte del proceso de transformación de sus territorios. También se ha venido fortaleciendo la convivencia y la participación social a través de las mesas de cultura ciudadana. La comunidad participa de la identificación de necesidades y oportunidades, y de la priorización de las intervenciones en sus barrios o corregimientos. En el proceso se tiene un diálogo amplio con representantes elegidos y con los actores del territorio a través de talleres, recorridos, reuniones y visitas.

Óscar Rojas Rentería. MD, MPH, MSc

TESTIMONIOS







**“SEÑOR, PONGA AHÍ
QUE MI MAMÁ ES
UNA GRAN
LUCHADORA”**

FABIÁN RENTERÍA



A los 11 años los niños de Buena-ventura van a bañarse al río, juegan fútbol con un balón remendado que rueda sobre la tierra caliente, o hacen mandados en bicicleta para ganarse la gaseosa. Pero Fabián no. El frente Manuel Cepeda de las FARC acaba de exigirle a Clara Luz que debe entregar a su hijo a las filas de la guerrilla. No es una sugerencia, es una orden.

Por eso cogieron a las cinco de la mañana, cuatro días después de la amenaza, el primer bus que salió para Cali. Con el miedo en el cuerpo y una sola muda de ropa partieron Clara Luz y sus tres hijos. Volvían a la ciudad donde habían enterrado a tres hermanos más. Henry tenía 1 año de nacido

cuando murió, Banderley tenía 28 cuando fue asesinado en medio de un ajuste de cuentas (andaba en malos pasos, explica Fabián sin tapujos) y poco después murió Olga Lucía, la mataron por robarle la bicicleta.

Al poco tiempo de instalarse en el barrio Desepaz, se independizaron los dos hermanos mayores, Jhon Agustín y Karen, y Clara Luz comenzó a trabajar como empleada doméstica interna en una casa.

El niño aprendió a ganarse la vida y a vivir solo. A las cuatro y media de la mañana ya estaba en los semáforos vendiendo periódicos, a las once entregaba cuentas y se iba a “vender minutos” en una esquina hasta las nueve de la noche. Con la jornada cumplida regresaba a la habitación que había alquilado Clara Luz. Contaba las monedas que había ganado en el día y descontaba los días que faltaban para que llegara el fin de semana y volver a ver a su mamá.

Fabián tiene hoy 23 años, es un muchacho delgado, de baja estatura. En sus manos hay cicatrices que resumen su vida, pero la que más duele es la que le dejó un “trauma raquímedular” (así lo llamaron los médicos, me explica) provocado por una bala en el tórax. El balazo que lo dejaría cojo para siempre.

Se le aguan los ojos, le cuesta seguir hablando.

—Esa noche íbamos a visitar unas muchachas y cometimos un gran error, pasamos una frontera invisible. Llegaron unos tipos, nos dijeron que eso no se perdonaba y no nos dejaron ni hablar, sacaron las pistolas y le dispararon a mi amigo en la

Con el miedo en el cuerpo y una sola muda de ropa partieron Clara Luz y sus tres hijos. Volvían a la ciudad donde habían enterrado a tres hermanos más.

cabeza, él cayó al piso y murió casi en el acto. Entonces me dispararon dos veces. Ahí quedamos los dos en la calle. Los tipos se fueron, creyeron que yo también estaba muerto.

La policía lo recogió y lo llevó a un hospital. Pasó dos días en una camilla hasta que hubo un espacio en el quirófano. Lo

operaron y le extrajeron las balas, pero una de ellas, la del “trauma raquimedular”, lo dejó postrado en una silla de ruedas por casi dos años. Un médico le dijo: “Usted no vuelve a caminar”.

En el hospital le escribió una canción a su amigo (Fabián compone rap) y maldijo su suerte y la sentencia del médico. Tenía 17 años.

Un médico le dijo: “Usted no vuelve a caminar”.

Sin embargo, comenzó un tratamiento de terapias, se cayó y se levantó mil veces hasta que logró caminar con muletas.

—Fue el 31 de diciembre de 2013, tenía ya 20 años, y esa noche hice un solo propósito para mi vida, me dije que nunca más volvería a usar esas muletas y cuando dieron las 12 campanadas las boté.



Su lucha no terminaría allí. En Colombia caminar cojo, ser negro y venir de una comuna popular no son las mejores credenciales. Pero no se rindió. A pesar de los portazos en la cara, terminó sus estudios de bachillerato y siguió buscando trabajo hasta que una noche en el festival Petronio Álvarez una prima suya lo inscribió en una convocatoria de TIO para jóvenes que quisieran vincularse a sus programas de capacitación y empleabilidad.

En menos de una semana Fabián ya era beneficiario del convenio entre la Alcaldía y la Corporación de Desarrollo Productivo (CDP), una escuela de formación en oficios. Comenzó su aprendizaje como fabricante de zapatos. Un mes antes de terminar la formación ya Fabián se destacaba en el manejo de las máquinas y los materiales, y era capaz de reconocer, con un golpe de vista, los distintos tipos de cuero.

Su vida cambió para siempre. Ya tenía un trabajo formal, y no cualquier trabajo. Su sueldo era apenas el de un aprendiz, pero para Fabián era oro en polvo. Recuerda que de pequeño ayudaba a un tío a remendar zapatos y le gustaba



mucho el oficio de arreglar y lustrar el calzado de las personas, pero él quería diseñarlos, fabricarlos y, claro, venderlos.

También le gustaba escuchar una canción de Diomedes Díaz que aprendió como una lección de vida y aún la reza como una de sus máximas. "Por eso/ Rafael Santos/ yo quiero dejarte dicho en esta canción/ que si te inspira ser zapatero/ solo quiero que seas el mejor/ porque de nada sirve el doctor/ si es el ejemplo malo del pueblo".

Las manos de Fabián son pequeñas, están llenas de callos, cicatrices y pegamento, con esas manos hace veinte pares de zapatos al día, con esas manos acaricia y cuida a

sus dos pequeñas hijas, Hellen Giseth, de 6 años, y Evelin Saraí, que acaba de nacer. Su esposa se llama Laura Isabel. Viven en una casa de interés social, comparten las dos habitaciones con su hermana Karen y sus cuatro hijos. Nueve personas en total.

Habla con orgullo de sus logros.

—Yo nunca había podido darle un regalo a mi mamá y en su cumpleaños llegué a la casa con un par de zapatos muy



bonitos, ella me dijo que para qué me había puesto a gastar plata. Nunca voy a olvidar su carita cuando le dije: "No, vieja, los hice yo mismo". También le hago los zapatos a mi niña. Los de la bebé van a ser los más difíciles. Nunca he trabajado nada tan chiquito.

Fabián canta,
compone,
rapea, cuida
de su familia.

Fabián hace una pausa. Está muy emocionado.

—TIO me dio la oportunidad de tener un sueño y de hacerlo posible.

Fabián canta, compone, rapea, cuida de su familia. Nunca conoció a un padre, pero Hellen y Saraí han hecho de él un papá que se la juega toda. Quiere ser el hermano del que Karen y Jhon Agustín se sientan orgullosos. Cuando supo que su historia iba a aparecer en este libro me miró muy serio y me rogó especialmente: "Por favor, ponga ahí que mi mamá es una mujer muy luchadora".





Camina, y sus pasos desiguales le recuerdan una herida profunda, un amigo y dos hermanos arrebatados por la violencia, pero Fabián es artesano de su propia vida y sus pasos son firmes como su convicción por ser el mejor zapatero y el "morocho que más se destaca", como se dice cada mañana frente al espejo.

Post scriptum. Meses después de esta entrevista me encontré a Fabián en la calle. Me contó que ya no es aprendiz. Trabaja en una fábrica de calzado de marca y le pagan bien. ■

LOS SUEÑOS SE CUMPLEN

LUIS EDUARDO VARGAS





En el barrio El Valladito de la Comuna 15, bajo el sol del mediodía nos espera un hombre alto, de voz pausada y serena. Conserva a sus 43 años el porte del arquero que fue en 1988, cuando atajaba para el Nacional de Medellín.

Luis lleva en el cinto un manojito de llaves. Desde hace seis años es el guardián de la cancha que lleva su nombre, "Luis Eduardo Vargas". A pesar de las amenazas que ha recibido, jura que de allí solo pueden sacarlo muerto. Hay fuerza en su voz. No está cañando.

Hace 24 años llegó al barrio porque jugaría para el Deportivo Cali. Cerca de su casa había un terreno que rápidamente visualizó como una cancha. Allí podría entrenar y enseñarles a los muchachos a

“atajar”, a echarle cerrojo a la portería con la misma mística y las técnicas que le aprendió a Miguel Calero.

Con machete en mano limpió parte de la zona. Luego se sumaron los vecinos, entusiasmados con la idea de tener un espacio donde los niños pudieran recibir clases de fútbol. Pero la empresa no fue fácil porque la cancha había sido tomada por las bandas de microtráfico. Luis Eduardo recuerda que el lugar fue convertido en una escombrera, los asaltos y los homicidios eran frecuentes. Sillas y mesas eran dispuestas allí para negociar cómodamente la venta de estupefacientes.

Pero rendirse no era una opción. La escuadra de niños y su maestro decidieron hacer un plantón. Varios plantones. Se sentaban en círculo en la cancha, nerviosos pero decididos, cada vez que los pandilleros trataban de quitarles el espacio, y no se dejaron sacar. Fue una apuesta arriesgada, pero la ganaron.

Mientras hablamos, a pocos metros hay un grupo de muchachos. Fuman, tosen, es casi la una de la tarde y parece que el resto del día y de la vida se les irá allí. Sin embargo, Luis, apegado a su fe, me dice que ellos son talento deportivo en potencia.

—Yo los pongo a limpiar la cancha, a barrer, así se ganan la gaseosa. Si no los puedo convertir en deportistas, por lo menos que quieran la cancha y la respeten. Algunos llegan “trabados”, igual les entrego el peto y los mando a la cancha.

Yo los pongo a limpiar la cancha, a barrer, así se ganan la gaseosa. Si no los puedo convertir en deportistas, por lo menos que quieran la cancha y la respeten.

A nadie se le hace "el fo". Saben que este es un espacio donde valen. Donde son apreciados. Aquí no podemos excluir a nadie.

Entramos a la cancha, Luis suspira como si lo hiciera por primera vez, caminamos hasta el centro para mirar desde allí esos 6.234 metros cuadrados de terreno enmallado. Tiene iluminación que permite las prácticas al atardecer y partidos en las noches. Donde antes había un quiosco con tablas,

ahora hay uno de cemento, la cancha tiene un buen sistema de drenaje y pronto tendrá también pista de atletismo, mesas de ping pong y ajedrez, y máquinas biosaludables.

Luis Eduardo señala al fondo y me dice que no pierde la esperanza de ver convertido ese lugar en un complejo deportivo "a lo bien".

Luis Eduardo señala al fondo y me dice que no pierde la esperanza de ver convertido ese lugar en un complejo deportivo "a lo bien", con césped sintético y una piscina para que las oportunidades se multipliquen y más de doscientos niños puedan tener varias opciones de juego.

"El profe", como cariñosamente lo llaman, se ganó el respeto a pulso. Como buen futbolista, ha sabido gambetear las adversidades que nunca han faltado en los 28 años que lleva dedicado a la enseñanza. Fue taxista, pintó casas y des-

empeñó otros oficios para sostenerse y seguir sudando la camiseta por su comunidad.

Habla con orgullo de los muchachos que han salido de allí y hoy se destacan en las canchas del país.

—Si los gobiernos le han apostado a la guerra, TIO le apuesta a salvar vidas por medio del apoyo al deporte. Fíjese, el presidente de la Junta de Acción Comunal es un joven

abogado, chévere, buen vecino, un trabajador social preocupado por su comunidad. Hay dos muchachos de esta escuela que están en México, en el Toluca. Es muy gratificante. Son cosas que lo animan a uno a seguir en la brega.

Le pido que me cuente qué siente al ver la escombrera convertida en una cancha de donde puede salir otro James, otro Cuadrado, un Bacca. Sonríe, baja la mirada y se le quiebra la voz.

—He llorado mucho y no de tristeza, sino de alegría... (traga grueso, hace una pausa, respira hondo).

—Claro, también se han perdido niños. Muchos. Pero le doy gracias a Dios y a TIO porque han hecho realidad estos sueños después de tantos años. Los sueños se cumplen, estoy seguro, pero primero hay que soñar.

He llorado mucho y no de tristeza, sino de alegría...





Luis Eduardo no solo les enseña a hacer chilenas, taquitos, a patear con chanfle, a saltar y a cabecear, a moverse en bloques y a hacer cambios de frente; también los prepara para trabajar y vivir en equipo, en comunidad. Pensar y hacer cosas por el otro, con el otro, para el otro. Cuando suena el pitazo inicial, todos gritan al unísono *ifair play!* Es el lema del grupo dentro y fuera de la cancha. Juego limpio. Son correctos y solidarios. Una vez al mes, todos aportan algún alimento (azúcar, frijoles, café...) y le regalan un mercado a una familia del jugador que más lo necesite.

Me despido de Luis con la certeza de haber conocido a un hombre que no es solo el guardián de una cancha, sino de los sueños de muchos niños cuyo mundo orbita alrededor de un balón de fútbol.

—Los sueños se cumplen —me dice al despedirse y sonrío. ■



ADOQUINANDO EL CAMINO

ALEXÁNDER RAMÍREZ



San José del Palmar queda en el Chocó, en los límites con el departamento de Risaralda, en medio de un paisaje infinitamente verde. Sus niños pintan el escudo y la bandera en los cuadernos de la escuela, les enseñan que la primera franja es de color blanco porque simboliza la paz, y las dos manos entrelazadas son la colaboración de los hombres y las mujeres laboriosos de la tierra. Desde muy pequeño, Alexander se reconoció en sus símbolos, porque su papá lo levantaba muy tempranito para que arrearra el ganado y ayudara en la siembra y recolecta de maíz, frijol, yuca, cacao, plátano y café.

Pero también tuvo que aprender que esa franja blanca se había desdibujado no solo para él, sino para todos sus vecinos del corregimiento La Italia, después de que la guerrilla y los paramilitares convirtieran la tierra fértil en campos minados. En zona de guerra.

El padre de Alexander decidió que era hora de marcharse de la zona, pues cada mes debía entregar parte de su ganado y su cosecha a los grupos armados.

Pasaron los años y Alexander se hizo hombre a punta de trabajo duro. Se casó con Kety Johana, una mujer dedicada a la educación en las poblaciones indígenas embera. Alexander trabajó como jefe de personal de una mina.

Un día la pesadilla volvió. Secuestraron a un pariente suyo, el dueño de la mina. Tuvo que enfrentarse a sus miedos y recoger el dinero que la guerrilla había exigido por la liberación. Entregó el pago y pudo llevarse a su primo de vuelta a casa. Pero la pesadilla apenas empezaba porque inmediatamente

Tuvo que enfrentarse a sus miedos y recoger el dinero que la guerrilla había exigido por la liberación.



la guerrilla le puso otra tarea, la peor de las encomiendas. Debía darles en un lapso de pocos días una lista de nombres de mineros "secuestrables" de la zona.

—De puros nervios les dije que sí, que lo haría, pero no fui capaz. Decidí huir. Tomé una canoa y me fui río abajo. Había creciente y la corriente me volcó. Como pude, enderecé la canoa y logré seguir.

Alguien le dijo que llevara su hoja de vida a la Alcaldía. Lo hizo sin mucha fe. No tenía "palanca política", pensó. Sin embargo, el 16 de abril ya portaba un uniforme y una credencial.

Poco después Kety, su esposa, también huyó de la escuela donde trabajaba porque la guerrilla se llevó a la enfermera y el pánico se adueñó del lugar.

Se reunieron en Cali para empezar de nuevo, para sobrevivir a su segundo desplazamiento.

Llegaron a Cali el 19 de junio de 2015, sin conocer a nadie, sin nada más que la voluntad de dejar atrás el horror. Se deshicieron de sus celulares para evitar ser contactados. Alexander, Kety y sus dos pequeños hijos comenzaron a rehacer la vida desde cero.

Alguien le dijo que llevara su hoja de vida a la Alcaldía. Lo hizo sin mucha fe. No tenía "palanca política", pensó. Sin embargo, el 16 de abril ya portaba un uniforme y una credencial. Alexander Rodríguez formaba parte de la cuadrilla de la línea de adoquines del programa de empleabili-

dad de la estrategia TIO. Al poco tiempo ya tenía un equipo bajo su dirección, un sueldo digno y, lo más importante, un puñado de esperanza.



(El programa de adoquines consiste en pavimentar una o dos cuadras con bloques de concreto empleando obreros de la comunidad, restaurar andenes y recuperar las zonas verdes que estén convertidas en basureros. Estos pequeños cambios generan efectos extraordinarios en el barrio y en el bienestar de sus habitantes).

—Gracias a esta oportunidad puedo trazarme metas y mis hijos crecen sin miedos. El programa ayuda a que la vida de una familia cambie por completo. Compré una moto y estoy en un plan para que nos hagamos a una casita.

Alexander sonríe cuando confiesa que al llegar a su hogar prepara la cena, limpia la casa y se encarga de sus hijos para recibir a su esposa que vuelve del trabajo. Dice que compartir su historia de vida con los compañeros lo ha hecho un hombre que valora cada segundo de la vida que ahora tiene.

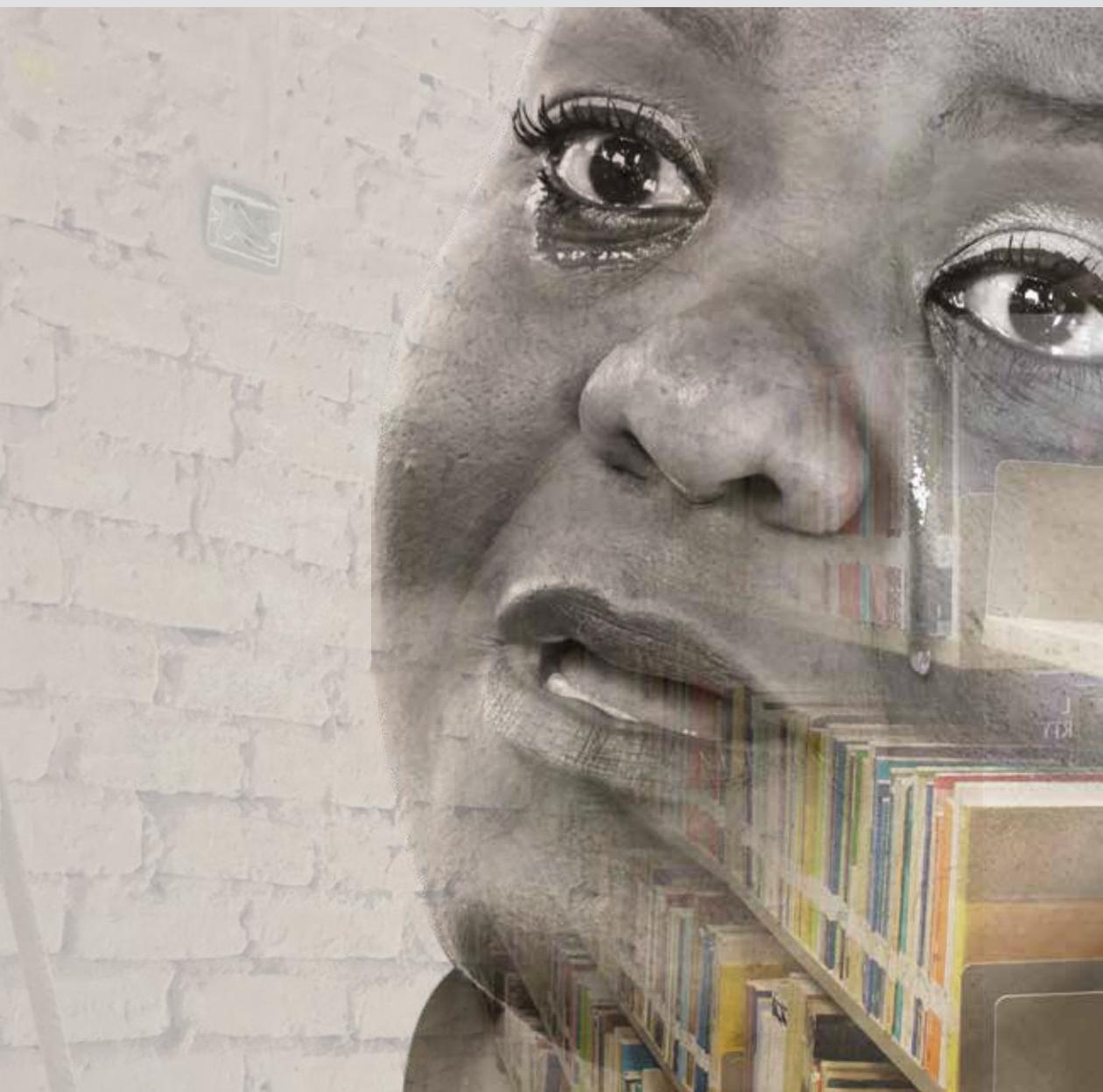


Afirma que TIO es una iniciativa que le devolvió la fe no solo en él mismo sino en Colombia, que gracias a los programas de apoyo psicológico pudo superar el odio hacia sus victimarios y aboga por una Colombia en paz con oportunidades para todos.

—Hace un año estuve a punto de ser víctima y victimario del conflicto. Hoy tengo una gran responsabilidad con la comunidad porque estoy ayudando a mejorar su calidad de vida. Eso lo aprendí aquí, que todos somos Colombia, todos somos país. ■

DEL BON ICE A LA BIBLIOTECA

CAROLINA TORRES





— **T**enía 17 años, la primera impresión no me gustó. Las casas tenían rejas, no era como las casas de Buenaventura, de madera y con antejardín, pero no era hora de extrañar y menos de exigir nada, veníamos huyendo de una muerte segura.

En un Renault 4 de un vecino que casualmente venía para Cali, Marta Helena montó un par de colchonetas y amarró como pudo una pipeta de gas. Se aseguró de que sus hijas, Carolina y Leidy, llevaran una muda de ropa y nada más, porque tenían un plazo que caducaría en pocas horas. La noche anterior, cuando Marta Helena se dirigía a su casa,

la detuvo un motociclista y le advirtió que matarían a Carolina porque había sido testigo de un "asunto que no debió saber". Algo relacionado con drogas y sicariato. Yo le juré que mi hija no diría una sola palabra, pero fue inútil. "O se va o se muere", dijo el hombre y se fue.

Llegaron al barrio Alfonso López, alquilaron una pieza y comenzaron una vez más. Buenaventura había sido su hogar por diez años. Provenían de Bucaramanga, donde vivían con el papá de las muchachas. Marta Helena tuvo que dejarlo porque su alcoholismo les estaba haciendo mucho daño.

Carolina estaba próxima a cumplir 18 años, esperaba con mucha ilusión que llegara el día de su mayoría de edad, pero no por los regalos ni porque soñara con una fiesta, sino porque ya podría trabajar y ayudar con los gastos de la casa. El estudio debía esperar. Y aunque era lo que más quería, no había cómo costearlo. Carolina estaba estudiando para ser auxiliar contable en el Sena cuando vio el "asunto que no debió saber".

Llegaron los 18 años y su primer empleo: empaquetar jabones en una bodega. También fue barrendera de calles, cajera de La 14, vendedora en una papelería y secretaria en una oficina de abogados.

Los planes de estudiar seguían siendo postergados. Carolina conoció a Carlos Mario, con quien se casó y muy pronto vino Ana Sofía, su primera hija, y el maltrato. Carlos Mario resultó ser un patán. Entre las responsabilidades de la casa,

Buenaventura
había sido
su hogar por
diez años.
Provenían de
Bucaramanga,
donde
vivían con el
papá de las
muchachas.

El proceso es muy lento. Y el hambre y las necesidades no daban tregua, acosaban día y noche.

el trabajo, la bebé y aguantar el maltrato, rechinando dientes, se le iba la vida. Cuando su hija estaba por cumplir año y medio recibió dos sorpresas. Carlos Mario se fue de la casa y la dejó con una niña que apenas empezaba a caminar.

La segunda sorpresa fue que estaba embarazada. Matías nació en la casa que la abuela Marta Helena pudo comprar en Desepaz. Allí vivirían en adelante.

Pasaron días de muchas penalidades. Los niños de 8 y 5 años no recibían ningún tipo de ayuda de su padre a pesar de las denuncias que hizo Carolina ante la Comisaría de Familia. El proceso



es muy lento. Y el hambre y las necesidades no daban tregua, acosaban día y noche.

Al fin consiguió un trabajo como digitalizadora de archivos de impuestos prediales, pero el contrato solo duró dos meses. Carolina no se rindió y consiguió empleo como vendedora de Bon Ice.



Salía cada día con la cava repleta de Bon Ice. En un buen día, trabajando de sol a sol, se ganaba siete mil pesos. En un día normal, cinco mil. Con este dinero pagaba el almuerzo de Matías y Ana Sofía en el comedor comunitario. Un almuerzo costaba setecientos pesos: sopa, arroz con huevo y una tajada de plátano.

También debía cubrir sus gastos como estudiante del cuarto semestre de Pedagogía Infantil en la Uniminuto, la universidad de la Fundación El Minuto de Dios.

Carolina tiene hoy 32 años, su vida dio un giro que asegura se lo debe al taller de habilidades parentales que impartió Martha Borrero en el Instituto Moderno de Desepaz, donde estudian sus hijos.

—Cuando reconocí mi realidad, supe que debía aceptarla, entenderla y cambiarla. Tuve el valor para tomar decisiones que pudieran sacarme de la tristeza en la que vivía, era débil, pero aprendí a superar mis temores y trabajar por mis sueños.



Cuando volví a hablar con Carolina, ya había pasado un poco más de dos meses. Atrás quedaron los días de pregón en la calle, en busca de los centavos que pudieran asegurar dos platos de comida para tres. Carolina calificó para ocupar el cargo de bibliotecaria del Centro Cultural de Villa Luz en la Comuna 21. Ahora es promotora de lectura y escritura y gestiona proyectos que traen beneficios a su

comunidad.

Su empeño por estudiar era tan vehemente como su fe en que todo puede mejorar si se tiene un pequeño apoyo. Fue seleccionada para hacer un diplomado en "Atención con derechos a la primera infancia" en Prospera Aguablanca, un centro de desarrollo empresarial y de empleabilidad de la Alcaldía y la Cámara de Comercio de Cali.

Con orgullo me cuenta que también forma parte de la Junta de Acción Comunal y que está aprendiendo a diligenciar los formatos para pedirle a la Alcaldía que lleven, a través de TIO, el taller de habilidades parentales. Asegura que los talleres potencian la resiliencia, les ayuda a reconocer y enfrentar los problemas, recuperar la autoestima, iniciar pequeños negocios y mejorar las relaciones intrafamiliares. Son pequeñas cosas que pueden generar grandes cambios y salvar vidas.



EL EVANGELIO Y LOS DETERGENTES

MARITZA SUÁREZ ORTIZ



Eran las dos de la tarde del 25 de enero de 1999. Acababa de ocurrir una de las tragedias más lamentables de la historia del país. Un terremoto de magnitud 6,4 en la escala de Richter había destrozado la ciudad de Armenia, dejando casi dos mil muertos, quinientos desaparecidos y cientos de edificaciones en ruinas.

Maritza no podía creer lo que veía. Sus vecinos, sus amigos y su familia yacían bajo los escombros. Caminó desde su puesto de trabajo, una oficina de loterías, hasta su casa. Llegó sin tacones y llena de polvo de la cabeza a los pies, apenas podía abrir los ojos para ver lo que había quedado de su casa. Nada. Sin embargo, se sintió la más bendecida de

todos, pues hacía horas que sus pequeños hijos habían viajado a Medellín a pasar unos días con el abuelo.

Una vecina suya no había corrido la misma suerte, su hijo estaba desaparecido. Para colmo, tenía las piernas quebradas. Entonces Maritza levantó como pudo cada escombros, cada piedra, siguiendo apenas su instinto. Unos vecinos se unieron a la búsqueda. El niño apareció bajo una tapia. Estaba morado y cubierto de polvo pero vivo. Cuando se lo entregaron, la madre lloró de felicidad. Maritza no olvida esa escena.

Pasado menos de un mes, alquiló una pieza. No quiso albergarse en las carpas, pero no fue por orgullo, sino porque las filas para ir al baño, lavar ropa y comer le quitaban tiempo y no podría cumplir con el horario laboral. Por esto no apareció en el censo de los damnificados y quedó por fuera de la asignación de nuevas viviendas (la reconstrucción de Armenia fue rápida, transparente y exitosa, y se ha convertido en un paradigma de organización y respuesta a catástrofes en el mundo).

El horario de trabajo no le daba tiempo para compartir con sus hijos. Esto tiene que cambiar, se dijo, y se inventó un trabajo que se pudiera hacer en casa. Aprendió a fabricar productos de limpieza y montó su propia empresa para no depender de los horarios ni de la mezquindad de los patrones, ni tener que esperar que el padre de sus hijos reapareciera y cumpliera con sus obli-



Llegó al barrio La Unión. Ya había "pisado" con treinta mil pesos la segunda planta de una casa.

gaciones. Desde que Diego Luis los abandonó, nunca más se supo de él.

Tomó la decisión y sacó cuentas: ochocientos mil pesos de sus ahorros más casi un millón de pesos de cesantías eran suficiente para regresar a Cali, donde estaba su familia, y volver a empezar.

Era el año 2007, en la radio del camión del trasporte, Maritza escuchó que el Gobierno radicaría en el Congreso el proyecto "Ley del Plan de Desarrollo para Todos", con el objetivo de reducir los niveles de pobreza y de extrema pobreza. También recuerda (tiene una excelente memoria y le interesa la política) que ese mismo día el presidente Álvaro Uribe ordenó la excarcelación masiva de 1200 guerrilleros por "razones de Estado" y la liberación del guerrillero de las FARC, alias Rodrigo Granda.

Llegó al barrio Unión de Vivienda Popular en la Comuna 16. Ya había "pisado" con treinta mil pesos la segunda planta de una casa. También alquiló el garaje y puso una tienda de



abarrotes con una inversión inicial de doscientos mil pesos. Pero la tienda no funcionó.

Maritza se volvió a enamorar y, por esas cosas del encantamiento, se fue a vivir con sus hijos y su nuevo compañero a Florida, Valle. Volvió a abrir la tienda y las cuentas empezaron a funcionar.

La prosperidad fue tan corta como el amor. Él se fue de Florida dejándola sola con los niños.

Una noche golpearon fuerte a su puerta. Eran quince hombres encapuchados y apertrechados con armas de asalto y un brazalete que los identificaba como miembros de un frente paramilitar.

—Era una pesadilla, todas las noches llegaban a pedir cigarrillos, gaseosas o lo que se les antojara y no pagaban. Los miércoles y sábados había que pagarles una “vacuna” de veinte mil pesos. Un día les dije que por qué nos hacían pagar a los pobres y me respondieron que “en esto” todos teníamos que colaborar.

Maritza sabía que a las cuatro de la mañana “los hombres” dejaban el pueblo y subían a la loma, y aprovechó para recoger apenas cuatro platos, unas mudas y un par de cobijas. Un equipaje que no hiciera bulto, que no pesara mucho y que no llamara la atención. Salió con sus hijos a paso rápido y sin hacer ruido. A las cinco de la mañana arrancó el bus. Atrás quedaba su miedo, adelante el camino a Cali. Una vez más, había que volver a empezar.

Volvió a montar la tienda, pero esta vez fue diferente. Conocía de memoria decenas de fórmulas para fabricar todo

Maritza sabía que a las cuatro de la mañana “los hombres” dejaban el pueblo y subían a la loma, y aprovechó para recoger apenas cuatro platos, unas mudas y un par de cobijas.

tipo de productos de limpieza. Pensó que si les cobraba a sus amigas por enseñarles a fabricar estos productos, podía conseguir el dinero para montar por fin su propia empresa. Había dos “peros” que debía solucionar: no sabía cómo reunir las clientes ni cómo hablarles bien porque no tenía “el don de la palabra”. Pero la solución vino rápido. La encontró en una iglesia cristiana.

Maritza lo logró. Creó su fábrica de productos “Celeste”, pero tuvo que recurrir a un préstamo “gota a gota” para financiar los gastos de su casa y su negocio.

—Yo le propuse a la pastora de la iglesia que me enseñara a evangelizar y me dejara dar clases de las fórmulas al mismo tiempo. Ganaba veinte mil pesos por clase y de ahí fui ahorrando para comprar los insumos con los que montaría mi empresa. Yo les enseñaba a las señoras cómo fabricar su propio jabón de cuerpo y de cocina, champú, blanqueador. De todo. Ellas quedaban felices porque se ahorraban mucha plata. Sume cuánto gasta usted en productos de aseo y verá. Recorrí muchos barrios, unos más peligrosos que otros, pero no importaba porque al tiempo que llevaba la palabra de Dios también trabajaba en mi futuro.

Maritza lo logró. Creó su fábrica de productos “Celeste”, pero tuvo que recurrir a un préstamo “gota a gota” para financiar los gastos de su casa y su negocio.

Volvió el tiempo de angustia. ¡Los prestamistas le cobraban hasta el 20 % de intereses diarios sobre cada peso prestado! No tenía respiro, la zozobra llegó a su tope cuando un día, una vecina y amiga suya no pudo pagar la cuota.



La señora vendía arepas en una esquina para mantener a sus nietos. Un "cobrador" llegó una tarde en moto, sacó una pistola, le metió tres tiros y la señora murió en el acto.

Ese día resolvió no utilizar más los préstamos de los "gota a gota".

Era enero de 2015. Ya habían pasado catorce años de la tragedia de Armenia. Recuerda que llegó a esa ciudad en tren con Elizabeth, su madre, y sus nueve hermanos. Venían de una vereda huyendo de la furia de un policía que "tenía fama de desaparecer gente". José Rubiel, el padre de Maritza, en una tarde de tragos, había ofendido a la mamá del policía. "Por eso es que nos fuimos para Armenia", dice con ese magnífico desorden, lleno de digresiones, que utilizan las mujeres para contar sus historias.

Pero enero traería mejores noticias. De la mano de Cedecur (Centro de Educación e Investigación para el Desarrollo Comunitario Urbano y Rural) y TIO llegaron los bankomunales



Me despido de ella con la convicción de que es la mujer más inteligente que he visto en mi vida.

(bancos creados por un grupo de vecinos que aportan un capital común y se prestan dinero entre ellos, y solo entre ellos, con intereses muy blandos si se los compara con los intereses del "gota a gota"). Maritza recurrió a este programa y rápidamente aprendió toda la dinámica. Ya podía tener préstamos seguros con los que financiaba su negocio, y "Celeste" se convirtió en una empresa pujante.

Hoy Maritza nos cuenta que tiene dieciséis acciones en el bankomunal de su comunidad y aspira a comprar más.

—No solo vendo productos, también vendo insumos y enseño las fórmulas. Lo que me da más felicidad es que le doy trabajo a catorce mujeres cabeza de hogar. Imagínese, una de ellas tiene siete niños. También de eso vive un hermano mío que es ciego. Todos ellos van puerta a puerta vendiendo mis productos. Yo le gano muy poquito, por ahí doscientos pesos por cada ambientador. Es que a ellos les toca más duro y todos necesitamos. La idea es que ellos tengan la oportunidad de salir adelante, como yo.

Maritza tiene entre sus planes crear un bankomunal con todas las personas que trabajan con sus productos para generar una red de financiamiento y solidaridad. Nada ha podido derrotar a Maritza. Ni el terremoto ni los desplazamientos ni el abandono de sus maridos ni la pobreza. Por el contrario, todas estas calamidades no han hecho sino templar su carácter y multiplicar su generosidad.

Me despido de ella con la convicción de que es la mujer más inteligente que he visto en mi vida. O al menos la primera

EL *DREAM TEAM* DE DIOS

ANDREA Y ESTEVEN





Llegamos hasta la estación de Tierra Blanca, allá en lo alto de Siloé, donde se ve una panorámica de Cali que no cabe en los ojos. Habría que mirarla como los enamorados para que quepa en las pupilas del corazón.

Y es exactamente así como Esteven mira cada mañana las infinitas posibilidades que pueden tener los niños y los jóvenes de la comunidad. Está empeñado en ganarle la batalla a los estigmas. “Si uno se propone, el entorno no tiene por qué ser una traba”, dice, mientras se ajusta su chaleco azul para dejarme ver el logo de la corporación que fundó con su mamá, Andrea Rojas.

—Mi mamá, yo y cada uno de los que llegan buscando apoyo, también son la corporación.

Además de ser madre e hijo, Andrea y Esteven son socios de una empresa que tiene por capital la tenacidad de ellos y la fe en el ser humano. Hace cuatro años, Andrea tomó la iniciativa de crear una figura legal que les permitiera generar y aprovechar espacios donde niños y jóvenes pudieran encontrar una alternativa diferente al consumo de drogas, a enrolarse en las pandillas o ser presa de la peor de todas las plagas, la desesperanza.

Así nació la Corporación Centenario 06. Aplican rigurosamente a las convocatorias oficiales para gestionar los recursos que les permitan desarrollar el cronograma de actividades. A veces el dinero no llega a tiempo, y siempre es muy poco para cubrir tanta necesidad. Sin embargo, ellos persisten.

—¿Qué significa el 06? —les pregunto.

—Son los fundamentos de la corporación —me explican—: solidaridad, amor, respeto, responsabilidad, disciplina y criterio.

El lunes es el día de las rondas infantiles para fomentar el arrullo, los corros, el juego y los cantos tradicionales de la niñez. Los martes llegan chicos de todas las edades para concentrarse sobre los tableros de ajedrez. Los miércoles suenan los tambores, las flautas, el piano y las guitarras. Es el día de las clases de música. Los jueves llegan los instructores del Sena para capacitar en emprendimiento. Los viernes se llenan de ritmo con las clases de danza. Cada primer viernes de mes celebran la "Guerra de baile por la paz". Llegan muchachos de todas partes a resolver sus

Cada primer viernes de mes celebran la "Guerra de baile por la paz". Llegan muchachos de todas partes a resolver sus asuntos a través de desafíos rap y hip hop.

asuntos a través de desafíos rap y hip hop. El sábado es un día especial. Los pupitres alineados y limpios, dispuestos al aire libre bajo las escaleras de la estación del MIO Cable, reciben a los jóvenes que cursan el bachillerato acelerado o bachillerato no convencional, un programa avalado por un colegio del barrio Brisas de Mayo. Las madres cabeza de familia, los muchachos en situación de consumo activo, o que pertenecen a las pandillas, acuden cada sábado a la estación con un cuaderno, un lápiz y una fe inquebrantable en que a pesar de sus circunstancias, otro futuro es posible. El



domingo es el día del Señor y también de "Chocolate con letras". Llegan los niños de otras comunas y se unen a los de Tierra Blanca alrededor de los cuentos y las fábulas. Al final, cierran con una generosa taza de chocolate y galletas.

¿Y por qué no creer que otro futuro sí es posible? Byron es un ejemplo de ello. Formaba parte de una pandilla. Consumir drogas era una actividad normal en su barrio. Desde que se vinculó a la corporación, el concepto de familia apareció en su vida y también la certeza de un nuevo comienzo.

Esteven me dice que los procesos nunca terminan y que por eso mismo todos son una fami-

lia y el acompañamiento debe ser constante.

Suena el celular y sonrío. Es Byron al teléfono, se excusa de no poder venir a la entrevista con nosotros, los cronistas de TIO, porque está en el hospital. Su primer hijo acaba de nacer. Es el primer nieto de la corporación, dice Andrea emocionada hasta las lágrimas. A sus 16 años, Byron es un hombre nuevo.

La corporación funciona entre las instalaciones del MIO Cable y la casa de Andrea y Esteven.

—Sabemos que podemos vencer la oscuridad de las fronteras invisibles —dice Esteven con la seguridad de un místico aterrizado—. Los estigmas no pueden seguir siendo el único destino de nuestros jóvenes.

Esta actitud de Esteven y Andrea, y sus notables logros, abren puertas y les inspiran confianza a sus patrocinadores. Son beneficiarios de la iniciativa productiva de TIOS-Cecan, a través de la capacitación en confección, máquinas planas, fileteadoras, collarines y emprendimiento. Además, tienen un contrato con la empresa Charton Group para la fabricación de indumentaria quirúrgica desechable. Aunque para ganar algunos centavos deben coser muchos kilos de batas. Andrea les ha enseñado a diseñar y coser blusas a un grupo de mujeres del barrio. De esta forma, ganan un poco más y comercializan las blusas en su comunidad con mejores utilidades.

Los instrumentos musicales también son parte del aporte de

Su primer hijo acaba de nacer. Es el primer nieto de la corporación, dice Andrea emocionada hasta las lágrimas. A sus 16 años, Byron es un hombre nuevo.

la estrategia TIO.

Hacemos una pausa en la conversación. Un par de muchachos que están en el mismo parque se “timbran” cuando sacamos la cámara para hacerle fotos a Esteven, aprovechando la panorámica de la ciudad. “Nada de fotos”, rezongan, se retiran del lugar y se pierden entre las sinuosas callecitas del barrio. Guardamos la cámara y nos retiramos. Hay protocolos que deben ser respetados.

“Nada de fotos”, rezongan, se retiran del lugar y se pierden entre las sinuosas callecitas del barrio.

Desde una calle que pasa por arriba del mirador, un niño le grita a Esteven: “¿A qué hora es la audición?”.

Se refiere al *casting* para ser parte de una película que se grabará en el barrio, un suceso que tiene emocionados a los niños.

Llegamos a la casa de Esteven y Andrea, la otra sede de la corporación. Tiene dos habitaciones, una salita con cocina que da a un patio donde ensayan el cultivo vertical. Entre las altas tunas se cuelga la imagen de las cabinas azules del teleférico MIO Cable. Parece que pudieran tocarse. Es una vivienda muy humilde, de unos sesenta metros cuadrados, con un antejardín que techaron y cerraron para adaptarlo como el multisalón donde funcionan los talleres de costura, estampado en camisetas, servicio de internet, clases de música, emprendimiento y el cuidado de los niños de algunas madres que deben salir a trabajar. No les falta el pan, la leche y los brazos amorosos de Andrea. ¡Todo esto y las dos habitaciones, la de Esteven y Andrea, y la del exesposo de Andrea y padre de Esteven, caben en los sesenta

metros de la casa!

Máquinas de coser, rollos multicolores de hilos, pinturas, telas, bastidores... y en un rincón, un computador donde Esteven hace los cronogramas de las actividades, formula los proyectos de la corporación, hace cartas, hojas de vida y otros documentos que sus vecinos le solicitan. También les enseña a manejar las herramientas del internet.

Esteven es un joven singular. Desde niño recibió en el barrio clases de teatro, danza y pintura, también de cocina y tecnología en formulación de proyectos, y ahora quiere estudiar Psicología porque muchos de los problemas de estos muchachos están aquí, dice tocándose

se la sien con el índice. Vive convencido de que solo a través de las artes, la capacitación y los lazos de amor y solidaridad se puede pensar en un país justo y en paz.

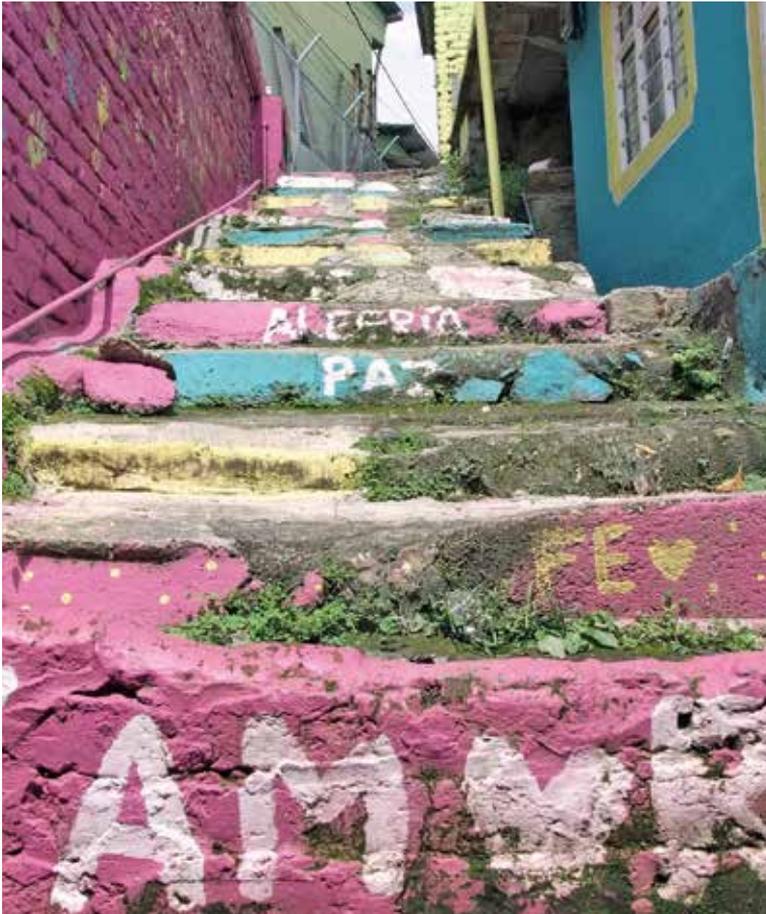
Se asoma a la puerta un niño de no más de 8 años, trae una carta escrita a mano y un jarrón adornado con flores, hecho en papel maché. Andrea sale a recibirlo.

La carta es de una madre cabeza de familia, dice que no podrá volver a clases de capacitación, pues su enfermedad avanza. En agradecimiento, le envía ese jarrón que ella hizo



con sus manos. El niño le da un beso a Andrea y se va corriendo, debe irse al colegio.

Andrea nunca imaginó que tendría una familia tan grande, que recibiría tanto afecto. Recuerda al borde del llanto que siendo más pequeña que ese niño, vivía sola con sus dos hermanos en una finca. Tenía 3 años y sus otros dos hermanos no pasaban de 8. Hacían comida, se cuidaban, jugaban y sorteaban las noches de lluvia y desamparo. Sus padres vi-



vían aparte, en otra finca en Río Blanco, Tolima. Allí cuidaban el ganado, las gallinas, las ovejas, la caña y la molienda de una hacienda muy grande. Un día a los niños se les ocurrió ir a la hacienda para ver a sus padres, pero fueron recibidos con cajas destempladas. Los regañaron, los castigaron y los devolvieron en el carro repartidor de leche. Seguramente los patrones, deduzco, los emplearon con la condición de que no llevaran los niños allá.

A los 5 años la enviaron a un internado, porque la mamá comprendió que podía ser peligroso dejarlos en casa solos. La niña se había quemado por completo con una olla de café que le cayó encima. Sobre su rostro y sus brazos quedaron para siempre las cicatrices de esa mala hora.

Los años en el internado fueron más duros que cualquier otra experiencia. Prefería la soledad de la montaña y la libertad de su aislamiento que los castigos crueles que le imponían las monjas en el internado.

Volvió a su casa, pero a los 14 años se fugó y llegó a Cali. Buscó a una hermana suya que vivía en la ciudad y consiguió trabajo como interna en una casa. Fue entonces cuando aprendió qué era una familia, la dicha de ser tratada con amor y respeto. Allí estuvo por dos años.

A los 17 años buscó empleo en un restaurante de comida rápida. Cuando el dueño le preguntó si sabía cocinar, sin titubeos respondió que sí. Andrea nunca había probado una hamburguesa ni un perro caliente, pero no se arrugó.

Años más tarde aprendió a hacer productos de limpieza y junto a una amiga fundó su propia empresa. Yo era la reina del estropajo, tenía dinero pero no educación.

Hoy, Andrea y Esteven tienen 50 y 24 años. Su tenacidad va más allá de cualquier límite y estigma. Sus sueños no caen en las barreras invisibles.

A los 22 años se enamoró y quedó embarazada. Aunque vivían en una pequeña pieza, Andrea tenía en su vientre el universo que ella expandía con todo lo que nunca tuvo.

Nació Esteven, y Andrea lo crió sola.

Hoy, Andrea y Esteven tienen 50 y 24 años. Su tenacidad va más allá de cualquier límite y estigma. Sus sueños no caen en las barreras invisibles. Al contrario, en sus sueños caben todos los sueños de los niños de Tierra Blanca y los elevan por encima de los teleféricos de la estación donde cada día encienden nuevas esperanzas e incuban nuevos proyectos.

Nos despedimos con abrazos apretados. Estoy admirado. Cómo hacen estos dos para tener tanto entusiasmo en medio de tantas necesidades. Cómo logran sacar adelante tantos proyectos con apoyos precarios, qué no harían si tuvieran los recursos suficientes. Cualquiera diría que Andrea y Esteven hacen milagros, que Dios los ayuda, pero en realidad creo que son ellos los que ayudan a Dios. ■



LA HUMILDAD DE UN PAPÁ GRANDE

ESTEBAN ORTIZ



A las nueve de la mañana comenzaron a llegar las mujeres al Hogar Infantil Santa Mónica en el barrio Alfonso Bonilla Aragón en el oriente de Cali. Iban vestidas como para una fiesta. Dos de ellas estaban retrasadas porque seguían en la peluquería, y no era para menos, el día de la graduación había llegado.

Tímidas y algo nerviosas, las que iban llegando buscaban acomodo en las sillas. "Es el primer diploma que tendré en mi vida", dijo Gloria Helena y sonrió con el orgullo de merecer su certificado.

Martha Borrero, la profesora, dispuso sobre una mesa Rimax una torta de chocolate, vasos y gaseosa. Era un gesto para celebrarlas a ellas, a las doce mujeres que decidieron aprender, a través del

taller de habilidades parentales, las herramientas para conocerse a sí mismas, identificar sus sentimientos, los de su pareja y sus hijos.

Con Martha aprendieron que la violencia y los gritos, o el silencio, pueden hacer más daño que la pobreza.

“No volveré a gritarle a mi hijo. Diré todo lo que no me gusta de forma amorosa y tranquila. Siempre seré parte de la solución. Les daré valor a las emociones de mis hijos. Si quiero un país en paz, debo empezar por conquistar la paz en mi corazón y en mi hogar”.

Este fue uno de compromisos que hicieron en medio de una conmovedora ceremonia.

Mientras esto ocurría, al fondo, bajo un árbol, en una cocina portátil, de una olla brotaba un aroma succulento. A un lado, estaba sentado Esteban Ortiz. Picaba con mística cada cebolla y cada tomate que sazonaría la paella que estaba preparando. Era el único hombre que formaba parte de la alegría de graduarse como papás y mamás de paz.

Preparaba una paella para sus amigas. “De ellas aprendí muchas cosas. En reciprocidad, les voy a cocinar”, me dijo.

Graduado en Psicología y con una maestría en Educación, dos años de Medicina y un intento en Filosofía, es un incansable buscador de herramientas que le permitan encontrar las mejores estrategias para educar a los niños de Colombia.

Era un gesto para celebrarlas a ellas, a las doce mujeres que decidieron aprender, a través del taller de habilidades parentales, las herramientas para conocerse a sí mismas.

Viajó a Europa, estudió idiomas y vivió durante dos años la experiencia de ser un inmigrante, tiempo suficiente para entender que en Colombia estaba su misión y su verdad.

Se vinculó a la estrategia TIO a partir de su trabajo con Carvajal, la misma empresa donde su padre trabajó toda la vida.

Cuando le pregunté qué hacía un funcionario de TIO en un taller de habilidades parentales, respondió:

Se emocionó cuando llegó el turno de recibir su diploma. Me aseguró que es el más valioso que ha recibido.

—Me llamó Rodrigo Guerrero y me habló de la estrategia de habilidades parentales. La idea era mitigar los problemas sociales más urgentes a través de una estrategia, TIO. Es un conjunto de programas, entre estos, el taller de habilidades parentales. Guerrero entendió que había que empezar por la familia, conocernos como familia con nuestros errores y defectos. Así que empecé a asistir para vincularme a la estrategia con mi propia experiencia. Todas las madres comunitarias, todos los cuidadores, todos los papás y mamás deberían pasar por estos talleres. Es necesario para lograr una transformación desde adentro.

Esteban levantó su mano, cerró sus ojos y repitió junto a sus compañeras el compromiso de proteger y respetar a su familia. Se emocionó cuando llegó el turno de recibir su diploma. Me aseguró que es el más valioso que ha recibido, que ahora es mejor esposo y mejor papá (tiene dos niños de 8 y 10 años) y que todo esto lo anima a seguir trabajando por las comunidades.

Nos entregó lo que les escribió a sus hijos y a su esposa. Era una carta que reflejaba lo que sucede en las familias que han tenido la oportunidad de ser beneficiarias de estos programas. TIO no solo se esfuerza por desarrollar infraestructuras, sino en darles a las personas elementos para que puedan sostenerse, no sobre el acero ni el concreto, sino sobre la dignidad y el amor.

"Queridos hijos: antes de ser padre fui hijo durante 35 años. Mis padres, sus abuelos, han sido muy importantes para mi formación, labraron lo que soy, quiero y anhelo. A ellos les debo mucho más de lo que puedo expresar en estas palabras. Pero les confieso que ser padre no es la prolongación de ser hijo. Esto es lo que les explicaré aquí. Esta carta también es para mi esposa, Ana Cristina, a quien invito a leer estas líneas de un padre *amateur*.

Muchas de las buenas y también equivocadas maneras con que me criaron, las he reproducido con ustedes. Estas molestias, palabras y hasta gritos, han sido situaciones que yo viví y las he perpetuado sin darme cuenta. Pero esto no es excusa, no es justo con sus vidas, no está bien que vuel-



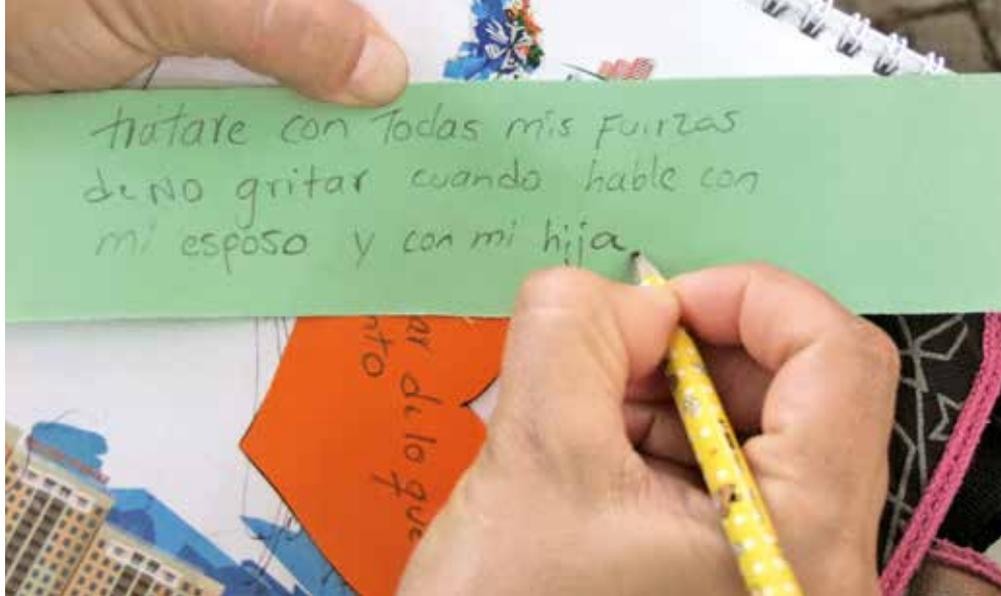
van a vivir los errores de mis padres y de mis abuelos. Esta sinrazón no es entendible y, a decir verdad, yo tampoco la comprendo. Es vital darse cuenta de esto, y los invito a que abran los ojos, pues no tienen por qué heredar tantos y tan enredados conflictos de las generaciones de personas que hemos perpetuado la violencia sin querer queriendo.

Ahora bien, reconozco que para ser padre no basta con jugar el rol, debemos esforzarnos en entender qué hacemos y cómo lo hacemos. Repito que falsamente pensé que ser padre era una prolongación de haber sido hijo. Luego de recapacitar, comprendo que debemos formarnos para ser padres,

madres y cuidadores de las próximas generaciones.

Afortunadamente, luego de diez años de tenerlos en cuerpo presente, he aprendido cada vez más sobre mi rol paterno. Precisamente hace unos días terminé un estudio nada convencional, un estudio científico y profundamente humano, un taller creado





por expertas en el desarrollo. Las doctoras Carvajal y Posada crearon hace más de trece años una serie de sesiones presenciales y experienciales llamadas “taller de habilidades parentales”. En otras palabras, ellas crearon un método para mejorar las prácticas de crianza para personas que tuvieran a su cargo infantes.

Esta posibilidad de volver a las aulas a mis 44 años ha sido muy importante. Cuando fuimos invitados al taller, en una comuna al oriente de la ciudad, pensé que todos habíamos ido allí de manera voluntaria. La única condición era haber sido padre o madre. Aquí no valían los años, los diplomas ni el estrato, todos éramos iguales, yo era el único que no vivía cerca de la Comuna 14, y más aún era el único hombre. Al comienzo noté que algunas de mis compañeras asistían porque en el jardín de infantes les habían sugerido que hicieran el taller. Esta primera impresión cambió luego con el paso



del taller, pues las mismas maestras notaron que los niños eran castigados de manera frecuente en sus hogares y los niños reproducían en el jardín de infantes las agresiones con sus amiguitos. Luego de un tiempo, entendí que condicionaron la continuidad de los niños en la medida que sus padres se comprometieran a realizar este taller para ser buenos padres. En ese momento entendí que mis compañeras de clase tenían los problemas que yo también tenía: no sabíamos expresar bien nuestras emociones como padres (...).

Lo que sí quiero decirles es que las transformaciones de las personas que asistimos a este taller son impresionantes. El mar de sentimientos con-

fusos, las malas prácticas, la suma de errores que todos cometíamos al interactuar con nuestros hijos no cabrían en esta carta, ni en veinte cartas más. Para resumirles, todos queremos a nuestros hijos, pero la manera como se los expresamos es contradictoria. Entre todos nos dimos cuenta de que estábamos reproduciendo una espiral de violencia, estábamos engendrando más personas violentas, con lágrimas en los ojos admitimos que estábamos equivocados y que debíamos conocer mejores prácticas para interactuar con los seres más importantes de nuestras vidas. En ocho semanas adquirimos un arsenal de nuevas metodologías para sortear de manera más civilizada, más acorde y más constructiva nuestra condición de formadores de nuevos colombianos.

La próxima generación es nuestra mayor apuesta, pero también será la depositaria de muchos años y décadas de conflictos antepasados. Cargamos todos un lastre, un yugo, un nudo de situaciones no resueltas, de cabos sueltos, de conflictos que no vamos a resolver de la noche a la mañana, pero tampoco se los vamos a inocular a nuestros hijos. Queremos unos niños libres, capaces de generar su propia historia y que no sean un remedo, una mala copia de nosotros. Con nuestras actuaciones violentas perpetuamos, pero sobre todo arañamos el alma de los niños, diciéndoles

Con nuestras actuaciones violentas perpetuamos, pero sobre todo arañamos el alma de los niños, diciéndoles que repitan también con los demás esa desesperanza heredada.

que repitan también con los demás esa desesperanza heredada (...).

Con estas palabras, les pido disculpas por la inconsciencia de estos errores derivados de haber aprendido tarde, pero aún a tiempo, a ser padre. Gracias, hijos, por ayudarme a mejorar cada día, a tratar de formarnos en un camino de sabiduría, de caídas y levantadas, gracias por enseñarme y sobre todo señalarme la sinrazón. Gracias esposa por ayudarme a ser mejor persona. Los amo”.

Esteban llama a sus compañeras y sirve en cada plato una generosa porción de paella. Todas comen poco, pero no es que no les haya gustado, es que quieren llevarles a los hijos una prueba de esa delicia que acaban de probar, algunas por primera vez.

Ya es casi la una de la tarde, hora de volver a casa. Una a una se van despidiendo de Martha y Esteban. Lo llenan de elogios y abrazos de gratitud. Esteban sonrío feliz. De esta experiencia no habrá un informe para la oficina. Se lleva las ollas que lavará en casa y la satisfacción de haber fortalecido su corazón como un roble que cobijará con buena sombra a

“A VECES ELLA ME SALUDA POR WHATSAPP”

LUIGI ALEJANDRO ZAPATA LONDOÑO





Un niño sale a jugar con una pelota, va tras ella, no se da cuenta de que la casa ha quedado atrás. El balón rueda por el bosque. El niño cae por una cascada de Los Farallones, se fractura una pierna. Sufrir hipotermia.

Hace seis horas que el equipo de bomberos de Cali lo busca. Llega la noche. La familia está angustiadísima, por supuesto.

El primero en llegar al lugar es Luigi, el paramédico. Encontró al niño recostado en una piedra, lo evaluó y avisó para que vinieran con los equipos de rescate.

Luigi salvó esa vida y lo celebró con la misma emoción que celebra cada niño que nace en los partos que atiende, cada misión exitosa en la que participa

a diario con sus compañeros de la Estación Central de Bomberos de Cali.

Este ángel, como lo llamó la madre del pequeño, es de carne y hueso, tiene 22 años, un cuerpo muy bien cuidado y unos ojos que reflejan un dejo de nostalgia que estamos a punto de descubrir.

Nació en una base aérea porque su papá era soldado y fue criado en el barrio Siete de Agosto. Con apenas 11 años conoció el desamparo cuando su madre se fue a vivir a Italia sin dar ninguna explicación y lo dejó a merced de la familia del padre. La abuela, una mujer estrictamente evangélica, lo sometió a un trato rígido donde el amor nunca tuvo lugar.

Luigi es un buen estudiante. Se hizo bachiller a los 15 años y a los 16 ingresó a la universidad para estudiar una tecnología en atención prehospitalaria. Esta meta fue difícil, no porque careciera de voluntad o disciplina, sino porque el fanatismo religioso que se imponía en su casa no le perdonaba su condición sexual (es un homosexual virgen, me dirá después) y todo cuanto intentara hacer era visto con recelo y considerado una afrenta para los cánones morales de la familia.

Tuvo que pasar por humillaciones, juicios, encierros –que casi le cuestan el semestre–, golpes y toda suerte de maltratos que lo llevaron a tomar la decisión de irse de casa solo con sus documentos y el uniforme de la universidad.

Su tesis fue un éxito y un premio por su constancia, pues la hizo en el tiempo compartido entre sus deberes académicos y el trabajo. Se sostuvo trabajando como mesero en un restaurante.

Luigi salvó esa vida y lo celebró con la misma emoción que celebra cada niño que nace en los partos que atiende.

A los 19 años ya era paramédico y su mayor reto fue encontrar trabajo. Hizo innumerables intentos, pero todos resultaron fallidos. Un día vio un aviso en un poste. Era una convocatoria de TIO dirigida a los jóvenes que quisieran incorporarse al equipo de bomberos de Cali.



Sintió temor, pensó que su condición sexual sería un impedimento, que no lo aceptarían. De todas maneras, envió sus papeles.

Luego se presentó a las pruebas físicas. Él fue el primer sorprendido. No sabía lo fuerte que era su cuerpo, su determinación y su valor emocional para superar cada ejercicio exigido. El caso es que entró a la familia de los bomberos de Cali como paramédico de planta, me dice con un gesto de orgullo y felicidad que no evita.

—Aquí conocí una parte de mí que desconocía. Aquí me hice fuerte, mis conocimientos y mi entrega fueron valorados. Esta es mi



familia, la buena, la que escogí, y TIO me la dio.

Es un héroe, todo un hombre, y aún no ha tenido experiencias sexuales. Me confiesa entre risas que lo más cercano a este sentimiento es cuando la adrenalina se apodera de su cuerpo cada vez que suena la alarma de emergencia en el cuartel y él no sabe a qué se va a enfrentar.

—Le tengo miedo a la velocidad y siento que voy en trabajo de parto y hasta gritos pego,

A los 19 años ya era paramédico y su mayor reto fue encontrar trabajo.



pero cuando llego al lugar y me bajo de la ambulancia, retomo mi carácter y me concentro en el paciente.

Lo hace feliz ayudar, sanar, salvar, servir a la comunidad. Siente que cada vez que le dicen "gracias" o recibe un abrazo, la vida le retribuye en ese abrazo el afecto que la familia de su padre le negó siempre.

La entrevista llega a su final, me despido de este héroe-ángel de la ciudad. Le pregunto bajito, ¿extrañas a tu mamá? Su expresión se torna infantil, una mirada de indefensión sale... "Sí, ojalá nunca se hubiera ido, la extraño, a veces me saluda por WhatsApp". ■



LA GENEROSIDAD DE UN DISEÑADOR

CÉSAR MICOLTA



— **P**otrero Grande puede ser un túnel oscuro para muchas personas, pero en ese túnel también hay luces y la más grande se llama Tecnocentro, esa es la luz que nos mantiene a salvo de cualquier violencia o tristeza.

Dentro del Tecnocentro Somos Pacífico se encuentra el Clubhouse, un espacio donde los jóvenes y niños aprenden haciendo.

César Micolta ve en Clubhouse el lugar donde puede expresarse tal como es y donde su imaginación y sus sentimientos cobran forma y movimiento. Cada tarde César llega al Tecnocentro, se sienta frente a un computador de última generación y se ejercita

en el manejo de los más modernos programas de diseño, dibujo y animación.

Es delgado y alto y tiene unas manos muy bien cuidadas. Sus ojos grandes dejan ver la inocencia del niño que nació en el puerto de Buenaventura hace 18 años, pero su voz pausada y serena nos deja sentir el carácter decidido con el que cumplirá cada uno de sus sueños.

—En veinte años me veo como un gran profesional. Quiero estudiar Química y desarrollar medicinas contra las enfermedades que matan a los pobres. Muchas familias sufren por esta causa y yo quiero trabajar por la salud de la gente.

César no despega sus ojos de la pantalla mientras me cuenta sus planes. Es hábil con el *mouse*, me deja ver en la pantalla cada clic que le hace a su dibujo para perfeccionarlo.

—Yo tenía este talento desde pequeño, pero ¿qué hace uno con un talento si no tiene cómo desarrollarlo? Aquí encontré el apoyo para hacerlo como un profesional.

Cada personaje es un trazo de la profunda sensibilidad de César. Desde niño se reconoció dueño de una sexualidad diferente, circunstancia que le ha causado muchos sinsabores porque la intolerancia de sus más cercanos familiares lo han hecho sentir culpable de una condición tan humana como cualquier otra.

—A veces me hacen llorar, me recuerdan lo que soy y me dicen que debo avisarme, pero ¿cómo se avisa uno si tiene tristeza en el corazón? Yo sé que nunca me van a entender, pero no pierdo la esperanza de ser feliz.

Yo tenía este talento desde pequeño, pero ¿qué hace uno con un talento si no tiene cómo desarrollarlo?

Quiero tener una familia, adoptar niños que necesiten un hogar y criarlos como mis hijos.

Cuando entré al Clubhouse tenía miedo de ser señalado y rechazado, pero en realidad encontré una familia donde se sintió a gusto y libre de expresarse como realmente quería, sin estigmas ni juicios. El Clubhouse le recuerda la casa en Medellín donde vivió por diez años, cuando estuvo bajo el cuidado de Enriqueta Mosquera, la primera esposa de su papá. Enriqueta le dio el amor y la comprensión que él añora, pero que volverá a disfrutar cuando se mude nuevamente con ella.

—Cómo no voy a querer regresar a vivir con ella si me enseñó que para cumplir mis sueños no necesito ser una mala persona. Yo quiero poner todo mi conocimiento al servicio de la gente que lo necesita, no soy un bicho raro, quiero estar del lado de los buenos.

Le pregunto qué otro sueño le gustaría cumplir, me mira y sonrío con un dejo de ilusión:

—Quiero tener una familia, adoptar niños que necesiten un hogar y criarlos como mis hijos, junto a mi pareja, como una familia que ama y cuida de los suyos. Yo quiero cumplir mi anhelo de ser madre.

Sí, César es un joven en tránsito cuya sensibilidad y amor por el prójimo lo hacen un ser especial. Reconoce que fue a través del Clubhouse del Tecnocentro que recibió la llave para escuchar su corazón sin temores ni prejuicios. César, o "Kiara", algún día nos dará la cura para el mal de la intolerancia, quizás la peor de las enfermedades, por ahora sigue cada tarde dibujando y animando cada esperanza en sus personajes infantiles. ■

LOS BANKOMUNALES DE VILLACARMELO

DE ZONA ROJA A PARAÍSO VERDE





A doce kilómetros de Cali se abre el Parque Nacional Natural Farallones y la Reserva Forestal del Río Meléndez.

En medio de los verdes y la humedad fértil de la tierra, encontramos el corregimiento de Villacarmelo, una población de 4500 habitantes repartidos en seis veredas: La Candelaria, Dosquebradas, Villacarmelo (la cabecera), El Carmen, El Minuto, La Fonda y Alto Los Mangos. Su gente es trabajadora por naturaleza. Aproximadamente 1500 personas se dedican al ganado y al cultivo de café, plátano, frijoles y yuca, y a la producción de lácteos, mermelada de ají, tahini de alcachofa y garbanzos, productos medicinales naturales, quinua y amaranto. Además de la oferta de servicios turísticos ambientales.

Desde hace casi un año (escribo esto en agosto de 2016), un grupo de estas personas se reúne cada mes para socializar sus necesidades como productores, pero además hablan de acciones, préstamos, intereses, inversiones y asesorías técnicas. Estos temas son propios de la jerga de accionistas de un banco y, de hecho, ellos lo son. Sí, son 19 socios, todos tienen acciones en el bankomunal que fundaron desde que TIO, a través de Cedecur (Centro de Educación e Investigación para el Desarrollo Comunitario Rural y Urbano), los capacitó para que fueran emprendedores, tuvieran una fuente propia de financiación y manejaran los conceptos de ahorro y crecimiento económico en colectivo. Me dicen con orgullo que son el primer bankomunal de origen



Compran semillas, abono, insumos para la producción y manufactura de sus productos.

campesino que funda TIO, pero reconocen que por su importancia y su incidencia en el desarrollo que han experimentado, es necesario que los bankomunales se multipliquen para que los campesinos de estos corregimientos puedan convertirse en una fuerza productiva robusta y autosustentable.

Estamos con ellos en una de sus reuniones, la lluvia cae con fuerza sobre el techo de zinc del billar que sirve como centro comunal. Cae tan duro que tenemos que gritar para hacernos entender. ¡Es un señor chubasco! También está un equipo de la Umata (Unidad Municipal de Asistencia Técnica Agropecuaria) que los asesora en sistemas de riego.

La reunión fluye rápidamente porque a cada tema le tienen un tiempo asignado que se cumple con precisión. Al





final, asistimos a la "asamblea de socios", en la que se presentan los informes de rendición de cuentas. Centavo a centavo, fichas, planillas, minutas, todo con estricta pulcritud. Unos compran acciones, otros hacen préstamos. Algunos llevan sus cargas y aprovechan para vender allí mismo. Entendemos así el concepto, aplicado en la práctica, de una organización de origen campesino y economía solidaria.

En Villacarmelo no hay presencia de los "gota a gota", porque sus moradores se han fortalecido y educado en finanzas, lo que les ha dado control sobre sus propios sueños y planes. Compran semillas, abono, insumos para la producción y manufactura de sus productos. Parece mentira, pero la financiación de los negocios es ahora un problema menor. El bankomunal es el soporte sobre el que

El bankomunal es el soporte sobre el que se apoyan, pero, además, es la red que los mantiene unidos bajo los preceptos de la solidaridad y la responsabilidad.

se apoyan, pero, además, es la red que los mantiene unidos bajo los preceptos de la solidaridad y la responsabilidad.

El trabajo no termina allí; están decididos a quitarse el estigma que los marcó hace más de una década, cuando el corregimiento era territorio de violencia armada. Reconocen que el reto necesita más apoyo. Los productos sembrados y cosechados con tanta abnegación, requieren de transporte y un sistema de comercialización que complete con éxito el objetivo de tener una comunidad de verdadero crecimiento endógeno y autosustentable, para que la violencia nunca más vuelva a germinar en sus campos.

Villacarmelo luce fértil, progresa en las manos de sus hombres y mujeres que engendran los surcos con tesón y voluntad, como la lluvia que baña sus montañas esta tarde. ■



TRAS LOS PASOS DE LAO TZU

RAFAEL GARZÓN



“Un líder es mejor cuando no se siente mucho. Cuando su trabajo está hecho y la meta cumplida, la comunidad dirá: Lo hicimos nosotros”.

Para Rafael Garzón, esta frase de Lao Tzu cobra sentido con su propia vida, con cada paso, con cada día.

Nació en San Francisco, Cundinamarca. Creció en el seno de una familia campesina, y junto a sus nueve hermanos supo desde muy temprano que el trabajo en equipo era la forma de lograr el beneficio equitativo y alcanzar las metas propuestas.

El tesón y el amor por ver germinar la semilla en el surco lo llevó a ser “un hombre de carácter y

verbo”, como él mismo se define. Desde muy joven militó en la idea de organizar colectivos para conseguir el bien común. Su empeño por defender los principios éticos y el respeto por el prójimo y la naturaleza también le causaron problemas.

A los 27 años tuvo que abandonar Funza y pasó a formar parte de la interminable lista de los desplazados de Colombia a causa de la intolerancia y la violencia.

Su esposa y sus pequeños hijos fueron amenazados porque Rafael hizo una denuncia de corrupción que cayó mal. Un día, a su casa llegó un “sufragio” con una nota que decía que sus niños serían “picados” si no abandonaba el lugar en 24 horas.

Sin pensarlo dos veces, ese mismo día salieron del pueblo. Ni siquiera esperaron el bus porque les dio miedo que los sicarios acortaran el plazo. Escondidos en un camión, y con pocas cosas empacadas en una maleta, dejaron atrás su campo y su casa,

Desde muy joven militó en la idea de organizar colectivos para conseguir el bien común.



pero no sus sueños, que viajaron intactos en su corazón.

Llegaron a Cali, al barrio Floralia. El choque cultural les dio duro y les costó mucho adaptarse a los ritmos y a las costumbres de la ciudad, y Rafael no conocía otro oficio que el de las faenas del campo.

Tuvo que esperar un año para encontrar algo de trabajo asesorando finqueros y pequeños agricultores. Mientras tanto, fue su esposa Gloria Estela quien sostuvo el hogar. Mujer de temple y voluntad, trabajaba como enfermera en cuatro clínicas al tiempo y dormía poco, todo para que Rafael volviera al campo a cultivar un sueño para la familia.

Hasta que llegó el día.

Una señora, a quien Rafael asesoraba, le ofreció en venta una casa en Villacarmelo. La familia se decepcionó cuando

fueron a conocerla. En realidad, era una enramada, pero Rafael vio más allá. Tendrían en su terreno una cascada de aguas cristalinas de 12 metros y una cueva por donde pasaba un riachuelo. El paraíso estaba por construirse. Le llevó poco tiempo levantar la casa. La familia se mudó y allí la vida volvió a tomar su cauce natural.

Tiene tres hijos de 30, 29 y 26 años. Uno de ellos está





en silla de ruedas por un accidente. Todos son profesionales universitarios.

Desde noviembre del año pasado, Rafael está viviendo una experiencia que lo ha motivado a ser el líder que desde muy joven quiso ser.

A través de TIO, se convirtió en el fundador del primer bankomunal rural de la línea de emprendimiento del programa. Junto a otros catorce socios recibieron de Cedecur capacitación en finanzas y hoy son un ejemplo de organización de ahorro comunal exitoso y próspero.

Rafael se siente apoyado, puede comprar insumos y semillas y desarrollar proyectos. Compró una moto para llevar maíz, habichuela, frijol y maracuyá hasta Siloé, donde vende las cargas de sus cosechas. Como Rafael, todos los socios del bankomunal son productores de café, papa, yuca, plátano, aromáticas, flores, arvejas y frutas.

Desde noviembre del año pasado, Rafael está viviendo una experiencia que lo ha motivado a ser el líder que desde muy joven quiso ser.

Él cree, a pesar de las dificultades, que en el campo está el camino para el progreso del país.

Cada mes prepara la reunión de socios del bankomunal. Video en Power Point, carpetas, planillas, fichas y minutas. Todo lo cuadra en una juiciosa agenda para que ninguno de los catorce compañeros socios se quede sin asesoría o que alguna duda se quede sin resolver.

Rafael cohesiona el grupo, porque solo así podrán ser fuertes como productores y como comunidad. Insiste en el desarrollo endógeno de su región. Él cree, a pesar de las dificultades, que en el campo está el camino para el progreso del

país. Nos habla de las negociaciones de La Habana, les explica a sus compañeros que como campesinos también forman parte del proyecto de desarrollo de la nación del posconflicto. Señala las páginas, los invita a leer y a reflexionar.

Los socios están sentados alrededor de una mesa. Sacan cuentas, llenan planillas, aportan dinero. Rafael se concentra en cada uno de ellos y nosotros nos convencemos de que mientras algunas personas se limitan a desear que algo

ENTRE EL BANCO Y LA TIENDA

MARLENY LÓPEZ





Cuando llueve en Villacarmelo, el verde se vuelve más verde, tapiza las montañas con su luz y su frescura, el agua cae por los tejados y forma pozos en la calle para que los niños chapoteen.

Marleny goza viéndolos jugar. Sus nietos, Esmeralda y Matías, de 4 y 5 años, corren de un lado a otro y, como hoy, les ofrecen un tinto recién colado a los visitantes, pues llegamos en busca de refugio y algo para calentarnos.

Marleny nos presenta a Orlando, su marido, que viene de trabajar la tierra. Llevan 36 años juntos y enamorados. “Él es muy de la casa y los hijos, nos comprendemos y yo lo apoyo con mi trabajo”.

El orgullo de ser una mujer con ingresos independientes se lo debe a su éxito como empresaria. Marleny es propietaria de una tienda, un negocio próspero y surtido que ha progresado desde hace 8 meses, cuando se hizo socia del bankomunal de Villacarmelo.

—La primera acción la compré con diez mil pesos. Hoy puedo decir que me siento fortalecida con mi negocio y mi bankomunal; pido préstamos, los pago tranquilamente y todos en la comunidad ganamos. Aquí hay más gente que necesita este tipo de organización para desarrollar sus negocios, como todos los que somos socios.

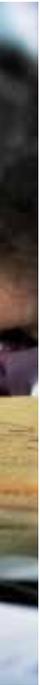
“Él es muy de la casa y los hijos, nos comprendemos y yo lo apoyo con mi trabajo”.

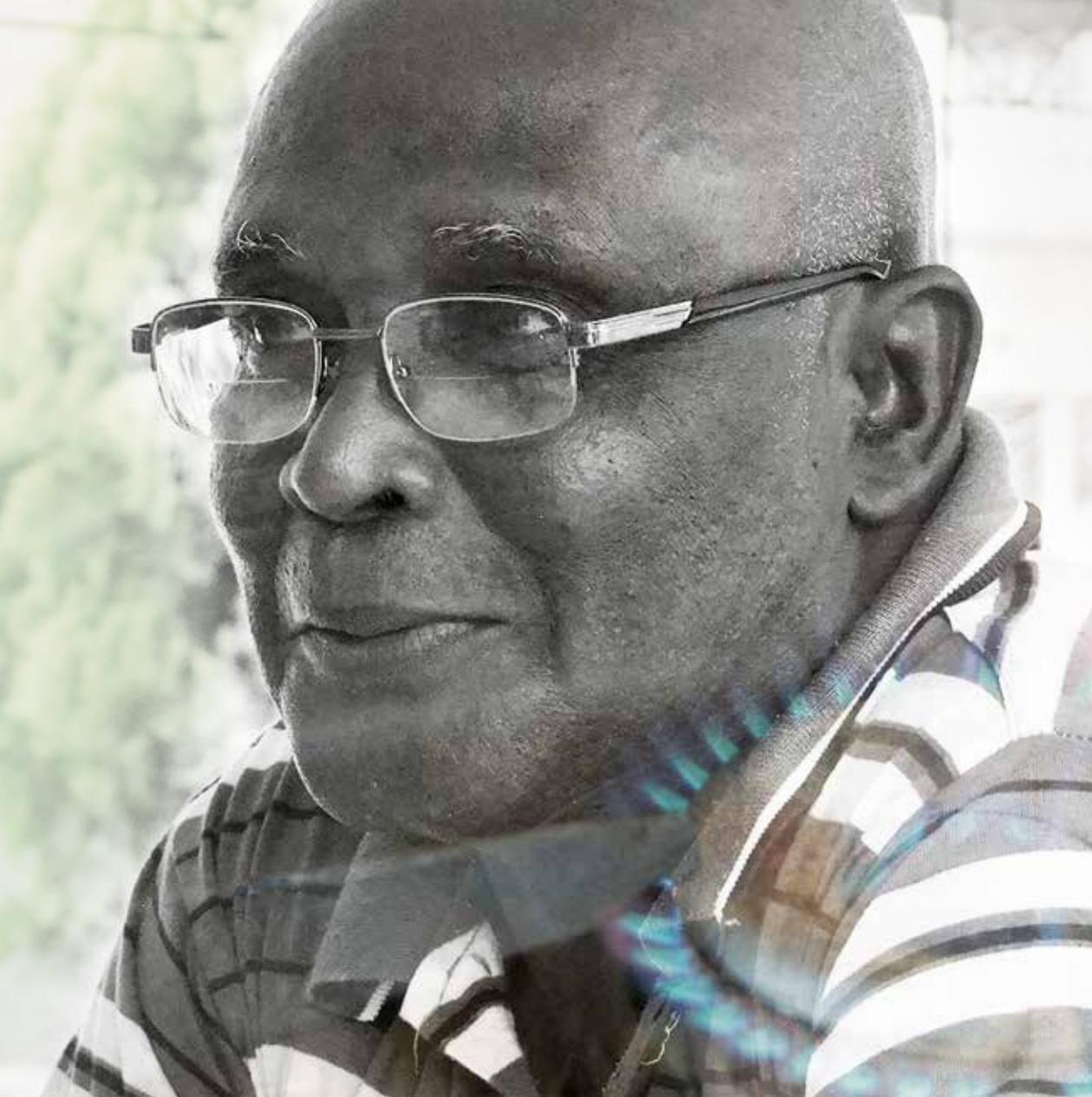


Marleny, Orlando, sus hijos y sus nietos llevan 17 años viviendo en Villacarmelo. Atrás quedaron los días de Lobo-guerrero (Dagua) en que vivían con el alma en la mano por la violencia entre paramilitares y guerrilla.

—Aquí somos una comunidad muy fuerte, somos muy responsables de lo que hacemos, si uno falla, todos terminamos fallando. Un apoyo como bankomunal es lo que nos hará evolucionar.

La lluvia ha cesado, Esmeralda y Matías se emocionan porque les enseñé a tomar fotos. Nos terminamos el tinto mientras Marleny posa para la pequeña Esmeralda, quien en un clic descubrió para nosotros la esperanza en los ojos de su abuela. ■





QUE NO SE APAGUEN LOS FOGONES

JULIO CUERO



Son las once y media de la mañana. Los cincuenta y cuatro litros de sopa que contienen las ollas bullen impregnando las calles del barrio El Vergel. Las mesas del comedor comunitario están repletas. Niños, ancianos y discapacitados esperan su plato. A la una de la tarde ya han servido 150 almuerzos. Son 150 personas que apaciguaron el hambre, ese animal que no duerme.

Julio Alberto Cuero vigila que, después de la sopa, cada comensal reciba otro plato con raciones de lentejas, arroz, carne y plátano, y un vaso de agua de panela con limón. Al finalizar la jornada, respira hondo.

—Me encanta ver cómo dejan de limpios los platos.

Nunca se han apagado los fogones, ni siquiera en tiempos de vacas flacas. El comedor no ha cerrado nunca. Cuando por alguna razón han escaseado los recursos públicos, Julio y los vecinos menos pobres ponen plata de sus propios bolsillos para echarle algo a las ollas porque “el hambre termina por devorar hasta la última esperanza”.

El comedor “El Vergel” comenzó en 1980 como una guardería de Bienestar Familiar a cargo de las Hermanas Vicentinas, y fue operado por ellas hasta el año 2014, cuando tuvieron que irse debido a que fueron amenazadas de muerte porque dieron declaraciones contra las pandillas y las “fronteras invisibles”. Cuando era inminente el cierre, le pidieron a Julio que se hiciera cargo del lugar. No pudo recibir la noticia con más felicidad porque desde siempre su sueño fue servir, devolver las bondades que la vida ha tenido con él.

Nació en Barbacoas, Nariño, hace 76 años. Hijo de pescador y agricultor. Lorenza, su madre, lo amamantó solo hasta los seis meses porque “un mal” la atacó y murió.

Fue criado por su madrastra, quien le dio doce hermanos más. Julio era el mayor, así que al cumplir los 12 años comenzó a trabajar para mantener la casa. Su padre los había abandonado.

Sembraba y recogía arroz, pero le pagaban poco porque era un niño. Con esa lógica retorcida que tantos patrones

No pudo recibir la noticia con más felicidad porque desde siempre su sueño fue servir.

No fue fácil.
Tuvo que
dormir en la
calle, pasar
hambre y
muchas
angustias.

estilan, los de Julio decidieron pagarle solo un tercio del jornal, sin importarles la miseria en que vivía su familia.

A los 16 años se fue de la casa. El padre regresó y las cosas cambiaron. El señor era violento. Las precariedades se podían sobrellevar, pero la violencia no. Así que se fue con una hermana a donde su abuela Justa Pastora. Allí vivieron hasta que se enamoró de Eustasia, con quien tuvo dos hijos.

—El trabajo del monte es muy duro —me dice para contarme que así, trabajando en el camino, llegó a Cali para probar suerte. No fue fácil. Tuvo que dormir en la calle, pasar hambre y muchas angustias, hasta que consiguió trabajo en el





Almacén Washington de la octava con quince. Julio se conmueve cuando se acuerda de Luis Toro Ángel, que le dio empleo, posada, comida y apoyo incondicional para encontrar a su padre, que se había convertido en indigente y andaba perdido en las calles de la ciudad. Después de una larga búsqueda, dieron con él. Tuvieron que internarlo en un hospital debido a su precaria condición de salud.

En 1980 formó parte de una invasión apoyada por Carlos Holmes Trujillo Miranda. Se ubicaron a orillas de un caño en un potrero de lo que hoy es El Vergel. Allí levantaron 4000 ranchos de esterilla y plásticos. Julio lideró un movimiento en busca de mejoras para el barrio y poco a poco lograron concretarlas. Energía eléctrica domiciliaria. Alumbrado público. Recolección de basuras. Agua potable. Alcantarillado.

Empezó a trabajar en la Gobernación del Valle en el periodo de Doris Éder de Zambrano, y allí siguió hasta su jubilación. Hoy vive de su pensión.

—Necesito poco y este poco lo necesito muy poco —dice repitiendo la estoica frase de san Francisco de Asís. De su trabajo en los comedores no recibe un solo peso. Esa es su pasión y la razón para levantarse cada día a las cuatro de la mañana. Hace una oración de agradecimiento y se concentra para escuchar lo que Dios tiene para él.

Julio no se detiene: ya abrió, con el apoyo de TIO, otro comedor, al que llamó "Divino Niño". Su día lo reparte entre los dos comedores.

Me dice que "en oración" fue como supo que algo muy grande llegaría a su vida, algo más grande que haber sido presidente de la Junta de Acción Comunal por cuatro periodos consecutivos.

En el año 2014 llegó al barrio un comité del despacho de Planeación, hablaron de la estrategia TIO y de forma inmediata el comedor "El Vergel" quedó bajo el abrigo de la línea de "Erradicación del hambre y la pobreza".

Julio no se detiene: ya abrió, con el apoyo de TIO, otro comedor, al que llamó "Divino Niño". Su día lo reparte entre los dos comedores.

—De aquí no se va nadie sin comer. El almuerzo vale quinientos pesos, pero mucha gente no los tiene y ¿cómo les dice uno que no?

Ha sido criador de marranos y gallinas, pescador, sembrador y recolector de arroz, cultivador de chontaduro, palmito, guayaba, zapote, vendedor, contrabandista de ropa, loza y planchas de carbón en la frontera con Ecuador, pero su mejor trabajo, el mejor "pagado", es el de los comedores

comunitarios. La certeza de que nadie en el barrio se acosará sin comer, lo llena de tranquilidad. Pero Julio no siente que esté regalando nada ni se siente más bueno que nadie. Solo está retribuyéndole a la vida lo que la vida le dio.

—Cuando estuve jodido, y fueron muchas las veces, siempre hubo alguien que me ayudó.

No deja de soñar y luchar. Insiste en el proyecto de la creación de un centro empresarial para que los jóvenes y las madres cabeza de familia puedan crear pequeños negocios y saltar la talanquera de la falta de oportunidades.



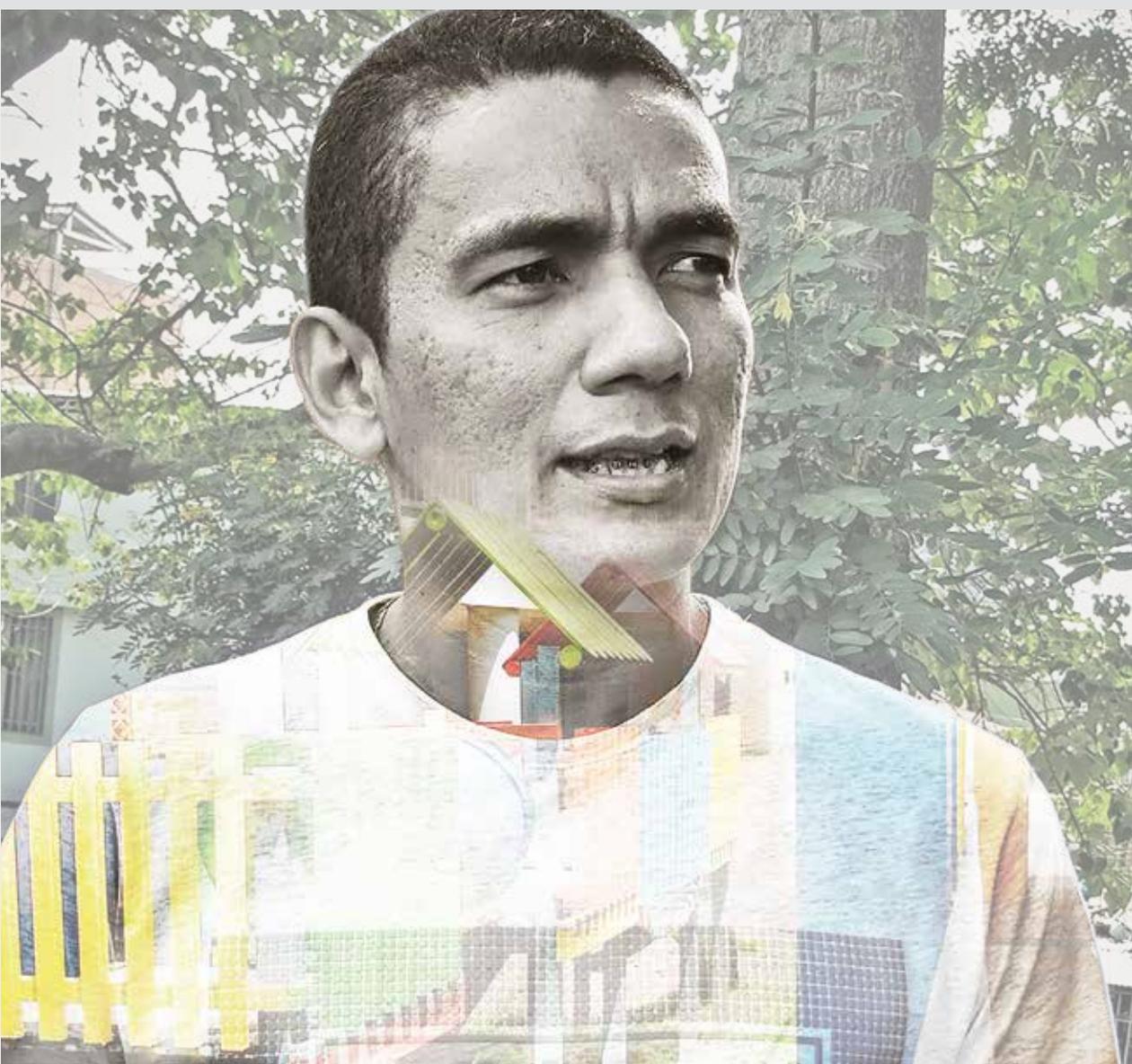
También aspira a concretar el proyecto de un polideportivo. Los niños y los jóvenes necesitan de una “zona de distensión” que rompa las fronteras invisibles, combata el miedo y enriquezca el ocio.

Julio confía en que le queda mucho tiempo para seguir dando su mejor esfuerzo por la comunidad. Tiene fe en la longevidad que heredó de su padre, que tiene 102 años y vive bajo los cuidados amorosos de Julio.

—Como sobreviviente, puedo decir que lo más valioso que uno tiene en la vida es la paz, y la paz está en el bien que uno les dé a sus semejantes. Cualquier cosa que podamos hacer para darles paz, es bien para uno. ■

TALENTO EN LA CABEZA Y MUCHA CALLE EN LOS PIES

VÍCTOR JHONSON





La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para que sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar.

EDUARDO GALEANO

En Floralia hay una utopía y un hombre haciendo camino con la convicción invicta desde hace casi diez años.

Su nombre es Víctor Jhonson, es el mayor de cinco hermanos, todos bisnietos de un minero norteamericano que llegó al Pacífico en busca de oro y terminó fundando su familia junto a una chocona.

Creció, como muchos niños de Colombia, con la imagen de un padre ausente que los abandonó

cuando él tenía 12 años. Pero Luz Marina, su madre, y María Eva, su abuela, resolvieron el problema del pan y el techo con una máquina de coser y una venta de chance. Las necesidades nunca les dieron tregua.

Con la adolescencia también llegó la rabia, el puño cerrado, las acciones temerarias. Abandonó la escuela y prefirió trabajar media jornada como ayudante de guarnecedor en una fábrica de zapatos, y la otra media en la calle, como aprendiz de pandillero. Motos de alto cilindraje, pistolas, tácticas de escape, rapar cualquier cosa, gorras, zapatillas, lo que cayera. El asunto era sobrevivir.

Los jóvenes son inmortales y Víctor también se lo creía, pero la realidad lo bajó de esa nube. Sus amigos empezaron a morir entre los afanes de la calle y las operaciones que hacían los grupos de "limpieza social" en la década de los noventa. Las fronteras invisibles co-



La tercera pasión la descubrió sobre las tablas de un teatro. Allí entendió que las artes tienen la capacidad de provocar experiencias intensas y generar empatías.

braron muchas vidas y la de Víctor casi se pierde en una balacera donde la muerte le respiró en la nuca. "No quiero morir, no así, esto tiene que acabar", se dijo en medio del susto que lo aleccionó para siempre.

Tres experiencias espirituales fueron claves en el golpe de timón que sufrió su vida. "La primera fue el servicio al prójimo", la misión que encontró en una iglesia cristiana. La segunda le fue revelada en los ojos de Enerieth Gómez, con quien se casó años después y tuvo sus dos hijos, Gabriela y Joshua.

La tercera pasión la descubrió sobre las tablas de un teatro. Allí entendió que las artes tienen la capacidad de provocar experiencias intensas y generar empatías. Tenía entonces 19 años, un amor, una fe, una pasión y cientos de niños y jóvenes a quienes debía convencer de que en



la vida había destinos mejores que las armas y los vicios.

Cada paso que ha dado Víctor tiene un referente propio e íntimo. Una vez que se hizo esposo y padre se mudó a Floralia II para estar cerca de la casa materna. Allí tuvo que ver cómo Charlie, uno de sus hermanos menores, se envició a las drogas. Le aterró ver cómo se repetía su historia en su hermano. En el año 2009 fundó el Colectivo Cultural Norte para seguir trabajando los imaginarios sociales que venía construyendo en distintos barrios de la comuna, como San Luis y Petecuy. Entendió que era una oportunidad para encarrilar a Charlie, vinculó a toda la familia en el Colectivo, les encargó una responsabilidad específica y todos recibieron capacitación para cumplir con su parte a cabalidad.

Setenta niños, entre 8 y 11 años, representan a través del teatro, los títeres y la pintura la realidad que viven y la que desean. Víctor es el referente del buen hermano mayor de todos los niños y los jóvenes, el ejemplo de voluntad y coraje para reescribir las líneas torcidas, no solo las propias, sino también las de todos los que entran a sus programas.

Nada ha sido fácil ni gratuito en la vida de Víctor. Incluso ser solidario y hacer trabajo por la comunidad lo ha puesto en riesgo, nos cuenta con la serenidad de un hombre curtido y curado de espantos.

—Una vez me dijeron que no fuera sapo, que no me metiera con los jóvenes, que si me creía profeta, que iban a darme

Nada ha sido fácil ni gratuito en la vida de Víctor. Incluso ser solidario y hacer trabajo por la comunidad lo ha puesto en riesgo.



“piso”. Yo pregunté quién mandaba el mensaje, pedí cita y subí hasta el Jarrillón. Me recibieron varios tipos armados. Pero yo estaba tranquilo. A mí se me murieron las tripas de pelao, ese camino yo me lo sabía. Subí, los escuché en silencio y luego le hablé claro al “duro”. Terminamos bien, imagínese, hasta se convirtió en protector del Colectivo.

Con su trabajo se ganó la confianza de la comunidad y lo eligieron presidente de la Junta de Acción Comunal de Floralia II, cargo que

desempeña desde 2011 hasta hoy (esta entrevista se realizó en enero de 2017).

Pero como bien dice Pedro Navaja, la vida te da sorpresas.

Era octubre del año 2013 y estaba estudiando Administración Pública. Aquella noche irrumpió en su casa un grupo de hombres de la Sijin y la Interpol con orden de allanamiento. Al mejor estilo de películas de mafias rusas y héroes gringos, Víctor fue esposado y metido en una patrulla ante el estupor de los vecinos, que no entendían qué pasaba. Él tampoco comprendía de dónde habían sacado los cargos de hurto y transporte de autos. Aseguraban que pasaba al Ecuador

carros robados en Colombia.

No valió de nada demostrar que Víctor jamás había salido del país, que ni siquiera tenía pase de conducir y vivía en una situación económica tan precaria como todos los artistas y luchadores sociales. Tenían al hombre equivocado pero la justicia es ciega y sorda; tenían “un chivo” y eso bastaba.

Fue encarcelado por 68 días en el centro penitenciario de Villa Hermosa. Mientras esperaba audiencia, no dejó que la indignación y el dolor le ganaran tiempo, se puso a estudiar el código penal y se convirtió en “el asesor legal” de sus compañeros de cautiverio. Lo apodaron “Floralia”, y era el parcerero de los muchachos de Siloé en el patio 2.

Afuera también había movimiento. La comunidad organizó un proceso que demostrara la inocencia de Víctor. En la televisión y la prensa salían notas de las movilizaciones populares en apoyo a la causa, hecho que llamó la atención de las autoridades, y en la investigación salió a relucir una circunstancia que lo exoneraba de los cargos. La noche en que supuestamente Víctor se encontraba delinquiendo en Ecuador, también estaba en el Centro de Atención Local Integrada dirigiendo una reunión con su colectivo cultural. En las actas estaba la minuta con sus intervenciones y su firma de asistente, y los testimonios de los participantes.

—En verdad salí fortalecido de allí, me di cuenta de lo im-

Fue encarcelado por 68 días en el centro penitenciario de Villa Hermosa. Mientras esperaba audiencia, no dejó que la indignación y el dolor le ganaran tiempo.

portante que es que los muchachos se ocupen, que tengan un oficio, una capacitación y, lo más clave, oportunidades. Entendí que todo puede generar resiliencia, como me pasó a mí. Fíjese, de la cárcel salí motivado a trabajar en el programa “Delinquir no paga”. Es como una terapia de choque que despierta la conciencia de los niños y los jóvenes en estado vulnerable.

Está orgulloso de su labor, que aún no termina porque es tan ambicioso como su voluntad terca por seguir construyendo más oportunidades.

A pesar de que este error judicial lo mantuvo alejado de su esposa y sus pequeños hijos, uno de 6 años y el otro de año y medio, aunque su nombre fue mancillado y tuvo que soportar el dolor por la muerte de su abuela a los cinco días después de haber sido encarcelado, me dice:

—Reconozco que lo que estoy haciendo es servir, para eso sobreviví a las balas aquella noche, para trabajar por las oportunidades y mejorar las condiciones de vida de tantos pelados que no tienen voz en un país que niega, margina y excluye tanto.

Víctor me habla de metas, cifras, estadísticas, proyectos y expectativas con palabra firme y contundente. Conceptualiza y se expresa muy bien. Sabe de qué habla. Tiene libros en la cabeza y mucha calle en los pies.

Me confiesa, agradecido, que TIO es el aliado más importante desde hace cuatro años, cuando llegaron a recorrer todo el territorio y se compenetraron con la realidad de la comuna. El compromiso de TIO empezó a verse materializado en la recuperación de parques, construcción de escenarios deportivos, instalación de aparatos biosaludables, iluminación de canchas y programas de capacitación y empleabilidad que



terminaron dinamizando el desarrollo y mejorando las condiciones de una comunidad que alcanzó la macabra estadística de 42 homicidios en un año, en tiempos en que llegaban muchas promesas, pero ningún programa social.

Víctor me muestra la cancha y me cuenta que muchos de esos jóvenes que se reúnen allí para hacer ejercicios y compartir, consumían droga y asaltaban a los vecinos. Está orgulloso de su labor, que aún no termina porque es tan ambicioso como su voluntad terca por seguir construyendo más oportunidades que ayuden a cerrar la vergonzosa brecha que separa a los jóvenes que lo tienen todo de quienes solo tienen problemas y desventajas.

Se despide con la noticia de que está estudiando Psicología, convencido de que el servicio salva. Con su firme carácter, hace una reflexión final:

—La Alcaldía debe apuntar a que los procesos de inver-



sión social son eso, inversión que forma ciudadanos, sociedades humanas y civilizadas y que a la larga ganamos todos. Los programas deben ser a largo plazo porque la dinámica social es lenta. Los programas de las instituciones deben adaptarse a los tiempos y necesidades de las comunidades, no al contrario.

Me voy seguro de que, si el país tuviera más alianzas como las de la estrategia TIO con líderes auténticos como Víctor,



ENTRE EL FUEGO Y LA PELOTA

DIEGO FERNANDO IBARGÜEN LARGACHA



Es agosto de 2003. El pueblo del Bajo Calima duerme en el sigilo tenso de la noche. Los perros advierten movimientos extraños y empiezan a ladrar. María Helena despierta, pero no se atreve a asomarse a la ventana.

Se escuchan pasos en la calle. Son botas militares. Muchas. Hay voces que hablan, dan órdenes. Una ráfaga rompe el silencio de la noche. Empieza una balacera nutrida. Larga. Larga. Eterna.

María Helena se arrastra con sus pequeños hijos hasta una pieza en la parte de atrás de la casa. Diego tiene 8 años, es el mayor y trata de tranquilizar a sus hermanitos. María Helena acaba de parir su cuarto hijo hace apenas una semana. Todos están debajo de una cama en silencio.

De pronto, escuchan voces de hombres dentro de la casa, están en el patio a pocos metros del escondite:

—¡Rápido, préndala y vámonos!

María Helena tiembla de pies a cabeza. Está aterrada. Mira a sus niños, llora en silencio y se le arruga el corazón. Dicen que los bebés sienten las emociones de la madre. Tal vez por eso la criatura rompió en un llanto que retumbó en el patio. Las voces volvieron.

—¡Ponga esa vaina ya!

—No, marica, hay un niño en la casa.

—¡De malas, démela, yo la pongo y nos largamos!

—No, así no. Vámonos.

Los hombres se fueron. María Helena dejó de temblar, besó a Jáider Mauricio y dio gracias de que ya, tan chiquito, les hubiera salvado la vida.

Al rato fueron saliendo a la calle. El cuadro era una pesadilla. Había cadáveres por todos lados. Cadáveres de vecinos y cadáveres de desconocidos. Tres casas destruidas por una explosión porque en alguna de ellas sí pusieron “esa vaina”. El combate entre paramilitares y guerrilla había dejado una espesa estela de sangre y miedo. A los tres días, los paramilitares abrieron paso



para que los pobladores salieran con lo que pudieran cargar. María Helena cerró la puerta de su casa y se unió, con los niños, al grupo de campesinos que marchaban a un destino incierto, como todos los desplazados de la guerra, cargando al hombro lo que podían, un colchón, una olla, una gallina, una puerta, dos "mudas" y mucho miedo.

El cambio no fue fácil. Aunque lo acogieron muy bien, con amor y atenciones, separarse de su madre y sus hermanos fue muy doloroso.

Llegaron a Buenaventura y se organizaron para comenzar una nueva vida. María Helena consiguió trabajo como empleada de servicio en una casa. Diego se encargó de la casa y sus hermanos. Se levantaba temprano para preparar el desayuno y dejar en la guardería a Michael, de 4 años, y a Jáider, el bebé. Luego se iba al colegio con Cristian, un año menor que él.

Pero también encontró cómo rehacer su infancia. Una pelota de fútbol, una cancha de tierra o cualquier calle del barrio era todo lo que necesitaba. Descubrió que el fútbol era su pasión y, por qué no, su profesión.

Entre sus responsabilidades y el balón, el río y la playa transcurría su vida. Hasta que un día el papá, del que no tenía noticias, salvo que vivía en España, decidió que Diego debía mudarse a Cali con Mariela Mosquera, su nueva esposa, y sus cuatro hijas, para aliviar un poco la precaria situación de María Helena.

El cambio no fue fácil. Aunque lo acogieron muy bien, con amor y atenciones, separarse de su madre y sus hermanos fue muy doloroso.

Un día no aguantó más y regresó a Buenaventura. Tenía 13 años y un cuerpo muy fuerte, desarrollado a punta de correr



tras el balón.

De inmediato buscó cómo ayudar a su mamá. Trabajaba en el puerto descargando *containers* y las canastas de las lanchas, los mercados y enseres de las chivas y todo lo que pudiera generarle algunos pesos para llevar comida a la casa.

De nuevo al fútbol, y esta vez su sueño tenía nombre. Ya era parte de un club, el Real Paloseco de Buenaventura. Luego pasaría a equipos de la B. Fue fichado por el Fortaleza F. C. de Bogotá. Diego demostró su talento y su coraje en las canchas, sus entrenadores avizoraban una estrella del fútbol profesional colombiano. Así lo sintió él mismo cuando jugó en el torneo de la liga local de Chía y cerró la temporada con trofeo, medalla y el sueño intacto de seguir avanzando.

La celebración duró lo que dura un tiempo extra. Tuvo que regresar a Cali con la frustración en su equipaje una vez más. Se alojó en casa de una hermana casada. Aunque trabajaba de lunes a domingo en una discoteca del norte, desde las cinco de la tarde hasta las tres de la madrugada, dormía cuatro horas y luego entrenaba, el sueldo no le alcanzó para convencer a su familia de que podía mantenerse y alcanzar

su meta. Su cuñado le pidió que se fuera de la casa.

Regresó a la casa de Rogelio, su padre, en el barrio Desepaz.

Tenía 19 años y su sueño de jugar en un club profesional estaba agonizando. Rogelio lo remató: "Si va a vivir aquí tiene que dedicarse solo a trabajar, nada de fútbol. O lo toma o lo deja".

Diego salió en busca de un trabajo que le permitiera mantenerse y jugar. Se empleó como ayudante de construcción en el turno de la mañana. Al terminar, entrenaba. Su entrenador, Tulio Bernal, estaba maravillado con el juego de ese muchacho de 1,90 que llegaba untado de pintura y cemento y con el corazón abismado, y le abrió la posibilidad de jugar en la tercera división.

Don Rogelio se opuso rotundamente y le exigió que desistiera de una vez por todas de su "capricho". Por más talento que dijeran que tenía y por más empeño que Diego le pu-

siera, Rogelio sabía que, sin un mána-ger con influencias, su hijo no tenía futuro en el fútbol profesional.

Así lo aceptó Diego a regañadientes. Se dedicó a lavar carros todo el día bajo el sol hasta que logró reunir



cuatrocientos mil pesos para el curso de seguridad privada. Una tarde, un vecino llegó con un papelito que le cambiaría su vida.

TIO convocaba a los jóvenes para su programa de empleabilidad en el Cuerpo de Bomberos de la ciudad. Diego supo que era una gran oportunidad. No era el club de fútbol de sus sueños, pero dejaría de andar rodando de aquí para allá. Ser bombero significaba ser parte de un equipo solidario, exigía tener muy buenas condiciones físicas y ser capaz de trabajar de manera estratégica y coordinada para salvar vidas y bienes. Diego, el delantero estrella, lo daría todo por ese nuevo uniforme.

Se presentó a las pruebas físicas y psicológicas, y las pasó sin ningún contratiempo. Al mes, llegó una notificación: Diego Ibargüen fue elegido.

El entrenamiento duró tres meses. Su pasión y disciplina lo llevaron a ocupar el tercer lugar entre 85 jóvenes que se graduaron como bomberos de la ciudad. Solo diez clasificaron como guardias permanentes. "Ibargüen Largacha Diego Fernando" también se destacaba en esa lista.

La celebración y la alegría volvieron a tener que replegarse. Como en el fútbol, en la vida nada está dicho hasta el último pitazo. Cuando el trabajador social hizo la visita domiciliaria para evaluar a Diego y a su familia, él no estaba en casa, pero sí don Rogelio. Las preguntas fueron directas, también las respuestas. Ante los trofeos y las fotos pegadas en las paredes de la habitación de Diego, el profesional preguntó:

Se dedicó a lavar carros todo el día bajo el sol hasta que logró reunir cuatrocientos mil pesos para el curso de seguridad privada.

—¿Su hijo juega fútbol?

—Sí, pero eso no le sirvió para nada —respondió Rogelio.

—¿Tiene novia?

—Jum, aquí trae a una muchacha y luego a otra, eso nunca se sabe.

—¿Cómo es la relación con su hijo?

—Ese muchacho no hace caso, es muy terco y muy rebelde.

Por este "prontuario", Diego no fue aceptado en el trabajo y volvió a la "banca".

Esto lo llevó a la frustración y la desesperanza más profunda que haya podido sentir. Pero la cosa no paró allí, su novia lo dejó. No encontraba trabajo ni siquiera como barrendero de calles. Se preguntaba qué habría hecho tan mal para que la vida le costara tanto. Se refugió en la calle, pero allí nada bueno podía pasarle. Los amigos que frecuentaba se dedicaban a delinquir y a consumir drogas. Esto tampoco era lo que él quería. Pasaron tres largos y oscuros meses.

Un día recibió la llamada de un compañero de la central de bomberos que lo invitó a unirse como voluntario. Para Diego, esta llamada fue un cable a tierra, un pase de taquito que lo dejó en posición de definir. Pasó siete meses acuartelado, trabajando sin remuneración ni descanso, pero con mucha fe. Una mañana llegó el teniente Hernández y le dijo que tenía una prueba muy dura para él. Si la pasaba, quedaría en la nómina oficial de bomberos.

Eran cinco niveles, cinco barreras que debía superar para ganarle la batalla a la desesperanza, y en ninguna podía fallar. En la primera prueba tenía un lapso de tiempo medido para

responder con exactitud sobre preguntas de atención prehospitalaria rápida a víctimas de siniestros, e identificar los tipos y usos de mangueras, escaleras, extinguidores y demás herramientas del bombero, y tres minutos para ponerse el uniforme y alistar el equipo completo de combate. Diego pasó sin problemas esta y las dos pruebas siguientes.



La cuarta prueba, “la torre”, fue difícil: levantar una escalera de cinco metros, romper una ventana y sacar a una persona de 90 kilos de un tercer piso en ocho minutos y con el equipo puesto (45 kilos).

Para superar la quinta prueba se concentró en su imagen más sagrada, el rostro de María Helena. Recordó aquella noche en su pueblo, cuando las bombas estallaban en las casas y todo era fuego, humo y confusión. Esto no podía desconcentrarlo, al contrario, más que nunca debía sacar el coraje para vencer sus miedos.

Fue minucioso en el procedimiento. Traje y equipo bien puestos. La casa estaba en llamas, no podía descuidar las conexiones eléctricas ni el ducto de gas. Bajar mangueras, apagar el fuego, garantizar la ventilación y salir.

El 21 de julio de 2016, Diego Ibargüen firmó su contrato como bombero oficial.

Hoy es un muchacho que sonríe con la bondad de quien todo lo entrega y no olvida lo que ha recibido. Ser parte



Ya tenemos un año juntos y yo le daré lo mejor de mí a ella y a su niña, que es como mía.

de los bomberos no solo le ha dado una gran familia, un equipo en el que se pone en juego la vida por la vida y cada segundo cuenta. También el amor llegó como recompensa. Leidy Vanesa Mosquera es su compañera. La conoció durante el entrenamiento y se enamoraron a primera vista. Ella también es bombera en el Cuartel Central, el de la Avenida de Las Américas.

—Ella fue mi más grande emergencia. La amo. Ambos tenemos dos historias de dolor que nos une, pero también estamos escribiendo una nueva historia con nuestro amor y nuestra disposición para salir adelante. Ya tenemos un año juntos y yo le daré lo mejor de mí a ella y a su niña, que es como mía. Yo sé que seremos una familia bien bonita. Leidy es fuerte, es mi mano derecha, mi apoyo y mi verdad.

Sus sueños han cambiado.

—Quiero darle una casita a mi mamá. Ella sigue allá en Buenaventura, no quiero que viva toda la vida en esa casa de tablas. Mamá sabe cuántas humillaciones pasé para llegar donde estoy, y también sabe que lo puedo conseguir. Algún día voy a lograr ese anhelo, lo que soy se lo debo a ella y merece mis sacrificios.

Para su padre, tiene comentarios nobles.

—Sé que mi papá fue duro, que nuestra relación no fue la más tranquila, pero ahora lo entiendo, porque en este país para llegar a ser una estrella de fútbol, se necesita más que talento y él supo que sin un mánager yo no lo lograría. Sé

UN DÚO ENTRAÑABLE

JORGE ARLES Y WILLINTON ORTIZ





Dos detonaciones. La primera bala apenas le rozó la mano derecha, la segunda le dio en el pecho. Su cuerpo cayó lentamente al piso. Mientras el aire se le iba y él era una isla rodeada por su propia sangre, alcanzó a hacer el disparo que ahuyentaría a los delincuentes que pretendían asaltar su tienda y agredir a Ofir, su mujer.

Lo último que recuerda de ese momento es la figura pequeña de Willinton, el llanto congelado por el terror y la impotencia, por el horror de ver cómo su padre se desangraba en el suelo.

Los vecinos corrieron a socorrerlo. Sobraron brazos para llevarlo al hospital y manos para orar por su

salud. Después de todo, Arles le había dedicado años y muchos esfuerzos al servicio comunitario. Era un líder, ejemplo de padre y esposo, un trabajador que, si de algo tuvieran que señalarlo, era de su terquedad para lograr que la comunidad se apropiara del derecho a vivir decentemente.

Fueron ocho días en cuidados intensivos, donde escuchaba la voz de Ofir rogándole que no la dejara sola con los dos niños. Su empujamiento por aferrarse a la vida y terminar las tareas pendientes lo hicieron volver del túnel de luz del que hoy, con voz temblorosa, me cuenta.

Arles es un hombre grande, de manos fuertes y expresión recia. Camina al ritmo de su mirada. Todo lo escruta, lo analiza con cautela y rigor. Será por su crianza.

Hijo de una familia campesina de Guacarí, creció con sus nueve hermanos en una finca. Desde pequeño supo lo que era el trabajo de campo: sembrar, limpiar, recoger, abonar, arriar animales. Hacía de todo. Se reunía con sus amigos para organizar cuadrillas de trabajo en fincas vecinas. Ganaba quinientos pesos a la semana, salario que aprendió a estirar de sábado a sábado. Pero no todo era trabajo, también organizó el equipo de fútbol de la vereda con la que se disputaban el campeonato de la zona.

Entre sus mejores recuerdos, evoca el día que aprendió a nadar. No había piscina, pero eso no fue problema. A un kilómetro de la casa pasaba un río. Con su cuadrilla de compañeritos sacaron piedras, ahondaron el lecho, tejieron una

Sobraron
brazos para
llevarlo al
hospital y
manos para
orar por su
salud.

talanquera con palos y piedras y tuvieron "charco". Pero cada que el río se alebrestaba se llevaba la talanquera.

Entonces la fortalecieron. Tomaron medidas, consiguieron herramientas prestadas, desviaron el río, cavaron una zanja honda en el lecho seco para tirar los cimientos, consiguieron hierro y cemento, hicieron un muro como Dios manda y tuvieron charco y represa para su infancia y hasta para sus hijos y sus nietos.

—En el campo uno crece y madura más rápido. Desde pequeños, los niños ya muestran lo que van a ser —me dice.

Pero como él mismo cuenta, a medida que los hijos van creciendo, se van de la casa en busca de su propio destino. Arles no fue la excepción.

A los 23 años conoció a María Ofir en un bingo bailable. Le gustó mucho esa muchacha tímida de 17 años, la acompañó





hasta la puerta de su casa y la visitó cada ocho días con la venia del que sería su suegro el resto de la vida.

Hace 27 años llegó a Cali con su esposa y sus dos pequeños hijos y comenzó a trabajar en una construcción. Por asuntos administrativos, el proyecto se detuvo y Arles quedó viviendo en uno de esos apartamentos, encargado de cuidar la propiedad. Así pudo reunir los ahorros que le permitieron comprar un terreno y los materiales con los que hizo su casa en Mojica.

Hoy tiene 53 años y tres hijos, Willinton de 20, Alexandra de 19 y Jorge Enrique de 17 años.

—No es fácil criar hijos en un ambiente como el del barrio donde vivimos, pero, con carácter y buenas maneras, se puede. A mí me criaron en lo sencillo y lo correcto y estoy repitiendo la misma fórmula con ellos. ¡Es que la educación tiene que empezar en la casa! Mire usted, Willinton me dio esa inmensa satisfacción de verlo graduado como el mejor bombero del grupo de brigadistas. Delante del doctor Rojas y los demás compañeros de TIO, yo subí a recibir el diploma con mi muchacho y eso para mí fue un orgullo. ¡Sí se pudo!

Arles lleva el uniforme con los logos de la Alcaldía y la estrategia TIO desde hace tres años. Me cuenta que en el año



2013 llegó a Mojica una comisión de TIO que recorrió todo el barrio. Hicieron un reconocimiento de las necesidades que allí abundaban y rápidamente comenzaron a trabajar en conjunto con la Junta de Acción Comunal, de la que Arles es presidente. Desde entonces se vinculó de manera activa como líder de la cuadrilla de adoquinado de calles.

Quisiera poner ya el primer ladrillo del centro con la misma "fiebre" con que puso a los 9 años la primera piedra para la construcción del charco.

Como quien hizo bien la tarea, me muestra las estadísticas de logros de gestión con TIO: mejoramiento de 90 viviendas, parques recreativos y deportivos, alumbrado de luz blanca, adoquinado de calles, zonas verdes y mejor seguridad, en solo tres años.

Pero hay un desafío que no lo deja dormir en paz.

Mojica alberga 5000 habitantes y no tiene un centro de atención básica de salud. Como presidente de la Junta de Acción Comunal ya ha adelantado gestiones para conseguir el terreno, pero el tiempo pasa y las necesidades se multiplican, como la población. La construcción

de este centro es apremiante. Arles tiene una fe tan grande como su terquedad por lograr concretar este sueño que podría mejorar notablemente las condiciones de la comunidad.

Se impacienta. Quisiera poner ya el primer ladrillo del centro con la misma "fiebre" con que puso a los 9 años la primera piedra para la construcción del charco. Sin decirlo, en silencio, como son los hombres grandes y humildes, Arles nos enseña que las piedras son mejores cuando no se utilizan para pelear, sino cuando la comunidad las une con argamasa y sudor y construyen represas o levantan puentes.

Estamos sentados en la cocina del cuartel de bomberos de Siloé. Después de haberlo recorrido con Arles y Willinton, que nos muestra sus herramientas de bombero y nos explica las técnicas y los procedimientos que ha aprendido y que ha tenido que usar en el año que lleva como brigadista del Cuartel Central de Las Américas, en Cali.

Arles compara algunas herramientas con las que él usa en su oficio de constructor. El hijo le enseña al padre. Ambos se miran y sonríen cuando se arrebatan la palabra y aciertan a una sola voz.

Willinton es un muchacho de 20 años, guapísimo. Cuida con disciplina su aspecto físico, se le nota. Habla con voz pausada pero segura, no vacila al responder ninguna de mis preguntas.

—¿Te gusta tu nombre?

—Sí claro. Siempre me gustó tener el mismo nombre del mejor gambetero que ha tenido Colombia (se refiere a Willington Ortiz, el legendario delantero del América). Pero el mío se escribe sin la "g". De pequeño me gustaba jugar fútbol en la cancha frente a mi casa, aunque también me gustaba ayu-





dar a papá con el negocio de alquiler de lavadoras, y como era bueno con las matemáticas me encargaba de la tienda. A veces daba vueltas de más, o me parecía muy caro algún artículo y le bajaba el precio. Me regañaban, pero así aprendí.

Willinton es uno de esos muchachos que crecieron rompiendo estigmas y prejuicios. En la memoria de su corazón guarda un amor muy especial por su maestra de primer y segundo grado. Ella le leía "El principito" y él quedaba fascinado entre la voz de la maestra y el planeta B612. La voz de aquella mujer le recordaba a la de su mamá y eso lo hacía sentirse seguro entre las serpientes, los planetas, la rosa y el zorro. De ahí quedó con el gusanito de la lectura. Descarga libros y los lee en el celular.

—¿Qué estás leyendo ahora mismo?

—"El arte de la guerra" de Sun Tzu, me gusta porque enseña estrategias de vida y de paz.

Nunca fue un muchacho rebelde, eso me dice, y le pregunto por la cicatriz que tiene en la cabeza. Sonríe con timidez.

—Eso fue el primer día que fui al colegio. Cogí un gusanito y corrí tras una niña que les tenía pánico a los gusanos. Para

molestarla —confiesa ruborizado—. Me caí y me reventé la cabeza. Mi papá me llevó al hospital y me cosieron. Al otro día volví al colegio y más nunca volví a molestar niñas, eso es una guachada. Lo peor fue que perdí dos dientes, menos mal que casi todos los niños del salón estaban mudando.

En su infancia no tuvo lujos ni nada con qué alardear, al contrario, su papá lo llevaba a trabajar con él.

—Me enseñó a pintar paredes, a tomar medidas con el decámetro, a batir una buena mezcla de cemento, a afinar un repellido y utilizar la plomada. Mi papá es más estricto como patrón que como papá, y eso es ya mucho decir. De él heredé la disciplina, y de mi mamá, el carácter calmado, la paciencia.

Willinton recuerda que cada vez que pasaba por una estación de bomberos se moría de curiosidad por saber cómo sería estar allí, en esas máquinas grandes que alertan al más desprevenido con su sirena y sus luces rojas, a toda velocidad, rumbo al rescate de las víctimas y a combatir monstruos de fuego.

—Yo quería ser médico, pero no tuve la oportunidad de estudiar Medicina. Sin embargo, todos los días me levanto con la certeza de que puedo salvar vidas y hago mi mejor esfuerzo por lograrlo. Cada día me encomiendo a San Florián, el patrono de los bomberos, porque después de que suena la alarma de emergencia y arranca la máquina, uno no sabe si va a regresar vivo.

Todos los días me levanto con la certeza de que puedo salvar vidas y hago mi mejor esfuerzo por lograrlo.

Arlés lo mira con amor y con un punto de preocupación mientras Willinton recuerda un momento crítico.

Incendiaron una estructura frente a la estación del MIO Cable. Era diciembre. Yo entré apagando el fuego. De pronto ya no pude avanzar, algo presionaba la manguera. Retrocedí tres pasos para chequear y seguir avanzando. Solo fueron dos segundos. No era nada, la manguera estaba bien. En ese momento, la estructura colapsó tres pasos delante de mí. Tuvo que ser un ángel que me pisó la manguera.

—Me gusta ser bombero, servir a la gente, la manera como el equipo funciona y salvamos vidas, casas, muebles. Quiero ser bombero hasta que sea viejo.

—Yo lo encomiendo al Cristo de Buga, el negrito me lo protege —aclara Arlés con una fe monolítica, sin resquicios.

—Me gusta ser bombero —retoma Willinton—, servir a la gente, la manera como el equipo funciona y salvamos vidas, casas, muebles. Quiero ser bombero hasta que sea viejo.

Le pregunto por aquella situación que vivió su papá, en la que estuvo a punto de morir. La repasa y cae en cuenta de que justo en ese momento que vio caer a su padre, lo invadió el miedo de perderlo y su impotencia por no saber cómo levantarlo y cerrar sus heridas.

—Sí, creo que desde ese instante quise dedicarme a esto. Lo mejor fue cuando lo vi llegar a casa, convaleciente pero bien. Era como si mi papá hubiera vencido a todos los malos, a la muerte y a mis miedos.

Y fue el mismo Arles quien lo invitó a presentarse en la convocatoria de TIO. Willinton estaba terminando Tecnología en Obra Civil en el Sena. El día de las pruebas dio lo mejor que tenía, recuerda que las pruebas eran exigentes. No llevaba zapatillas para correr, tuvo que hacerlo con botas de dotación industrial y llegó a la casa con los pies llenos de ampollas.

—Así es que le coge uno amor a las cosas —dice el papá.

—A los 25 días me llamaron para recibir las clases. Cuando llegó el día del grado, nos dieron los uniformes con los logos



de TIO y la Alcaldía. Esperaba ser uno de los últimos porque mi apellido empieza por "O" y bueno, imagínese cuando me llamaron de primero y dijeron que había sido por mi rendimiento, no me lo podía creer. Ese día TIO les cambió la vida a 85 muchachos, nos transformó la vida. Yo les agradezco mucho y les pido que sigan con estos programas para que se sumen más jóvenes a este cambio de conciencia. Y al alcalde me gustaría decirle: que muchas gracias por lo que ha hecho por mí y por mi comunidad y que le preste atención a lo que ha dicho mi papá. Que nos ayude con el centro de salud.

Nos despedimos. Nos quedamos un momento ahí porque la fotógrafa quiere tomarlos por la espalda. Alejándose. Pienso que forman un equipo formidable, y que son personas como ellos, gente anónima y magnífica, las que sostienen el mundo, tiran puentes y logran que la civilización prevalezca. ■





COSER PARA NO MORIR

AURELIA CARVAJAL



Una marea verde ondea traspasada por la brisa. Entre ese cañaveral corre una niña. Está asustada, suda, el miedo la ahoga. Quiere atravesar rápido esa pesadilla. Hay culebras acechando, enrolladas en las cañas o reptando en la tierra. Grandes y pequeñas, de colores, o peor aún, las hay verdes que se mimetizan con las hojas que la niña aparta con las manos para abrirse camino. Al llegar a casa, Aurelia ya tiene un plan para ayudar con los gastos de la familia sin tener que lidiar con su terror a las culebras en los platanales y el cañaveral.

Aceitó la vieja máquina de coser de Ernestora. Ya le había aprendido a su mamá cómo hacer buenos remiendos a las ropas de sus cinco hermanos. Las mujeres del Patía siempre van a necesitar enaguas, faldones y mantillas, pensó. Buscó entre los costales los retazos más bonitos y empezó su empresa. ¿Cuánto podría cobrar por pieza? Tasó su trabajo en jornadas. El trueque consistiría en hacerles ropa a las mujeres y ellas harían las faenas de campo de Aurelia. Una limpieza de arrozal, una cortada de caña o un corte de racimos de plátano por sus piezas diseñadas y cosidas al gusto y a la medida.

La niña de once años pasaba horas dando manivela a la Singer y aunque estaba lejos de los cañaverales, seguía cantando, como en la faena, alabaos y arrullos al ritmo del pedal y el golpeo de la aguja sobre la tela.

El corazón de Aurelia se iba llenando de ríos colmados por lavanderas que resolvían sus disputas a golpe de cantos, mientras la espuma limpiaba los camisones en las bateas. En Magüí Payán la tierra era bondadosa, la comida abundante para alimentarlos a todos. La vereda era como una sola familia.

Ernestora iba de aquí para allá con hierbas, fórmulas magistrales, baños y bebedizos con los que curaba cualquier mal. Cuando alguien del pueblo moría, iba siempre con Aurelia a vestir la tumba con flores y velas, y cantaba los chigualos y gualés de la novena del difunto.

El corazón de Aurelia se iba llenando de ríos colmados por lavanderas que resolvían sus disputas a golpe de cantos, mientras la espuma limpiaba los camisones en las bateas.

Cuando Aurelia cumplió 19 años salió del pueblo con la urgencia de buscar un trabajo que le permitiera ayudar a sostener la casa. Argelio no pudo levantarse de la cama, las medicinas y los cuidados de Ernestora no alcanzaron a espantar la muerte. Una bronconeumonía la dejó viuda y con seis hijos que mantener.

Se fue una mañana diciéndole que iba a Barranquilla a trabajar en un barco. Se hizo a la mar y Aurelia no volvió a tener noticias suyas.

Llegó a Cali. Unos paisanos la recibieron en su casa del barrio Doce de Octubre en la Comuna 12. Con el carácter suficiente para no dejarse amilanar, comenzó como empleada en una casa de familia, luego en una fábrica de Yumbo. Allí limpiaba y servía tinto.

Su madre le espantó siempre los enamorados. "Eso le quita tiempo y la distrae", le decía. Pero a los 22 años conoció al chocono Macario Moreno en el restaurante donde trabajaban. Entre paseos y bailes se fueron quedando uno en el otro hasta que decidieron hacer vida juntos.

Pasaron años, cuatro hijos, mucho trabajo, el inmenso dolor de perder un hijo (se lo llevó una creciente). Luego participó en una invasión que con el tiempo sería el barrio El Vergel. Después una reubicación en El Retiro. Todo fue agua bajo el puente donde Aurelia esperó el regreso de Macario.

Se fue una mañana diciéndole que iba a Barranquilla a trabajar en un barco. Se hizo a la mar y Aurelia no volvió a tener noticias suyas. Diez años después recibió una carta donde Macario le pedía que se fuera a la costa con los hijos. La reconstrucción del hogar duró lo que el amor de su marinero. Un mes.

Macario le pidió que regresara a Cali con los hijos y que él la seguiría pronto, en cuanto arreglara unos asuntos pendientes. La espera tardó doce años más, con el agravante que el marinero llegaría con otra familia a bordo.

Para entonces Aurelia ya era una líder de la comunidad de El Retiro.

—Al principio fue muy duro —me dice—. Cuando llegamos, este barrio no tenía servicios, nada. Yo hice muros con los canastos que tenía. En la noche me vestía de negro y no dormía para cuidar a mis hijos y mis pocas cosas. Había mucho peligro. Empecé a hacer política y pude conseguir volquetas de gravilla, ladrillos, cemento. Luego logramos que nos pusieran los servicios, primero el agua, después el alcantarillado, la energía y la recolección de basuras.

Juan Pablo, mi hijo, vivía muy triste porque nosotros ya veníamos trabajando con Horicamba, nuestra primera fundación de danza afrocolombiana, pero con la reubicación tuvimos que disolverla.

Pero como Aurelia sabía salirle al paso a las culebras, supo qué hacer. A punta de tamales reunió el dinero para crear con sus hijos una nueva fundación que pudiera reunir a los niños y los jóvenes de la Comuna 15. Consiguieron espacio en el centro de





desarrollo comunitario y allí bailaron varios años.

La nueva fundación creció. Cada vez llegaban más niños y jóvenes buscando un refugio para que la violencia no los tocara. Aurelia acondicionó el segundo piso de su casa para que fuera la sede oficial de Herencia Africana.

No tenían techo, pero lo consiguieron gracias a la gestión de un concejal. Lo demás lo ganaron con proyectos, disciplina y "sabor", que es como Aurelia llama al talento para la música y el baile.

En el año 2013, TIO hizo una convocatoria a los líderes comunitarios y Aurelia asistió como representante de la cultura de su comunidad y de los ochenta jóvenes que formaban parte del proyecto Herencia Africana. Desde ese momento, TIO fue una alianza clave para el desarrollo de los proyectos que ayudarían a mejorar las condiciones y oportunidades en El Retiro, un barrio marcado por la violencia y la estigmatización.

Una peluquería, una salsamentaria, acompañamiento psicosocial y apoyo a los proyectos culturales fueron líneas que fortalecieron a Herencia Africana y sus ochenta integrantes, ochenta corazones que laten con la alegría de ser zanqueros, músicos, bailarines y cantaoras. Ochenta almas que creen en

las artes como camino para reconstruir, desde sus sueños, la realidad del barrio.

—Cuando sientes amor por tu familia, puedes sentir amor y expresarlo a tu comunidad. El Retiro es mi familia y me las juego todas. Me duele mucho cuando hablan mal de los míos o los rechazan por los estigmas. Lo malo hace bulla y resalta más, pero aquí somos luchadores y trabajadores.

Ella es la mamá grande de El Retiro y defiende a muerte su barrio, como cuando luchó duramente para evitar que construyeran una galería, lo que no haría sino aumentar la violencia. En su lugar, logró que edificaran el colegio y pavimentaran la calle. Hoy los niños tienen educación y Aurelia sonrío complacida al ver que aquella lucha también valió la pena.

—Estamos proponiendo sacar un líder por cuadra para que reciban talleres de cultura ciudadana. Tenemos que educar a cada familia para que amen, respeten y asuman sus responsabilidades con la comunidad. Si no hay sentido de pertenencia con el lugar donde uno vive, no podemos pensar en reconstruir un país.

Aurelia tiene, como el escudo de Magüi Payán, el eslogan de "dignidad y lucha" en su corazón. A sus 68 años agradece a los dioses ser la única sobreviviente de la familia, pues el padre, la madre y sus cinco hermanos murieron uno a uno en el camino de la vida. Ha transmitido a sus hijos todo el conocimiento ancestral, el respeto y el amor por el origen

Quando
sientes amor
por tu familia,
puedes
sentir amor y
expresarlo a
tu comunidad.
El Retiro es
mi familia y
me las juego
todas.

de su cultura.

—Cuando ya no esté, cuando tenga que irme, lo haré feliz porque sé que dejo un buen trabajo adelantado, porque di mi vida con gusto a mi comunidad y porque quedará en mi reemplazo Chara, mi nieta.

Chara baila para su abuela y para el lente de la cámara. Tiene tres años y conoce cada ritmo y cada golpe de tambor. Aurelia canta y Chara baila buscando en los ojos de la abuela la aprobación de que lo está haciendo bien. Aurelia sonrío, la aplaude. Chara corre a los brazos de la abuela. Chara y Aurelia son la sangre de los treinta años de Herencia Africana.

Se hace tarde y Aurelia debe ir a una reunión sobre cultura ciudadana, un proyecto con TIO y los líderes comunales de El Morichal, Córdoba, Mojica, El Retiro y El Vallado. Ya le han enviado varios mensajes de voz a su teléfono y la están esperando. No comenzarán sin ella.

Me despido de Aurelia. La veo caminar entusiasmada y al parecer los recuerdos de las lavanderas de su pueblo han venido a su garganta. Así se va Aurelia, ataviada y orgullosa de su vestido de colores y su turbante. Así va por las calles de El Retiro:

“El Señor ya se va yendo con la flor de la mañana, préndanle las luces

“PARA QUE NADIE SE SIENTA INDEFENSO”

DANNY MINA





Un niño de 11 años va a la escuela en una canoa hecha por él mismo. El amanecer lo sorprende remando sobre las aguas de la isla La Chola Emilia. Le llevará 15 minutos llegar hasta la escuela de la isla La Plata, si la marea está baja, porque debe sortear los morros de arena, y solo 10, si la marea está alta.

Él es el único niño que habita la pequeña isla, una suerte de Robinson Crusoe caribeño que desafía tormentas y noches de neblina, pero que regresa a casa con los trasmallos repletos de pescado.

La Chola Emilia es una isla que Google Maps no alcanza a registrar, pero sirvió de hogar a Danny, a su padrastro Nicanor y a su mamá Ana Milena cuando

tuvieron que salir huyendo de la violencia paramilitar que los acosaba en Buenaventura.

La vida en el puerto transcurría entre ir cada mañana al colegio y regresar al mediodía para almorzar y salir a las calles de Buenaventura a vender cocadas. Como era un niño huesudo pero fuerte, se ganaba unos pesitos extras cargando arena.

Ana Milena hacía oficios domésticos en una casa de familia hasta las cuatro de la tarde y estudiaba en una escuela nocturna. Lo hacía más que todo por Danny, "para aprender cosas y ayudarle con las tareas de las materias". Fue por esto que le dolió tener que abandonar Buenaventura y la escuela.

La Chola Emilia era un buen lugar. Fue descubierta y fundada por un antepasado de Danny, y, aunque no apareciera en los mapas, era una isla "agradecida". Sus mayores hicieron una cabaña de madera y un par de canoas. Sembraron yuca, papa china, plátano, caña y algunos frutales que siempre daban buenas cosechas. Un edén sin serpiente. Todo lo hacían con sus propias manos. Nicanor le enseñó a Danny cómo sembrar, cómo trabajar la madera, cómo hacer



Nicanor y Ana Milena se separaron en el año 2014, y Danny y ella decidieron irse a buscar suerte en Cali. Una vez más, debían sortear juntos los vientos y los bandazos que vinieran.

canoas, cómo tejer una red y pescar y cómo sortear una tormenta en alta mar.

Danny no tenía amigos. Para ir a jugar fútbol, le tocaba remar los 12 minutos hasta la isla de La Plata y aprovechaba el viaje para vender camarones y pescados.

Cuando terminó el octavo grado, la familia decidió mudarse a Juanchaco. Allí volvieron a construir una casa de madera en tierra firme y propia. Ana Milena consiguió trabajo en la cocina del restaurante Avatar. Entre los fogones y las mesas, Danny aprendió a sacar buenas picadas mixtas, pescado frito con patacones, crepes y pizzas en las noches, y en las mañanas, arepas, café y huevos pericos. La sazón de Ana Milena y Danny gozaba de muy buena fama en la isla.

La escuela, el restaurante y el mar. Danny sabía cómo ganarse la vida en una lancha, y vivir en Juanchaco tenía sus privilegios. Los turistas admiraban al adolescente que les servía de "guía de ballenas" y les hablaba de sus cantos nocturnos, de canciones capaces de atravesar largas distancias y llevar un mensaje de amor al otro lado del mundo, de leyendas de naufragos salvados por esos grandes barcos de carne y agallas, de su alimentación y de dónde se apareaban, dónde nacían los ballenatos, cómo era la relación entre ellas, cómo comportarse durante el avistamiento, qué hacer para no asustarlas. Danny las conocía tan bien que era como hablar de la familia que lo vio crecer, y no era una exageración. Él compartió con ellas el mar como un patio de juegos.

Entre arepas y ballenas, se hizo bachiller.

Nicanor y Ana Milena se separaron en el año 2014, y Danny y ella decidieron irse a buscar suerte en Cali. Una vez más, debían sortear juntos los vientos y los bandazos que vinieran.

Ya en Cali se instalaron en una casa del barrio Floralia. Aún viven allí, con una prima y con la abuela Josefa.

—Mi abuela es del río Naya, cerca de Buenaventura —me dice Danny. Se siente orgulloso de su origen de agua, como su papá, que es del río Yurumanguí.

Danny se dedicó a estudiar un curso intensivo de Administración y trabajaba en una empresa recicladora como picador de bolsas de plástico. Debido a las altas temperaturas y el polvillo que generaba el plástico, permanecía enfermo y con su cuerpo lleno de salpullidos. Un día alguien de la





empresa llegó con un papel donde se informaba de una convocatoria hecha por TIO para los jóvenes que quisieran ingresar al cuerpo de bomberos. De inmediato supo que era para él. Se presentó a las pruebas y quedó seleccionado. En enero del año 2016 se graduó como bombero voluntario de Cali. Estuvo un año como brigadista forestal y ahora forma

parte del cuartel del Aguacatal.

Le pregunto por su papá, Danilo Mina.

—Nunca viví con él, no lo conozco, y ahora quiere que me vaya a vivir con él a Canadá. No lo haré, no soy capaz de hacerlo, jamás dejaré sola a mi mamá.

Y no lo hará, porque Ana Milena significa para Danny la vida misma. Si Danny tuviera que definir lo que es el amor y la fortaleza lo haría con la imagen de su canoa volteada en la marea picada del Pacífico a las doce del día, cuando el sol encandila y el horizonte se pierde. Danny y Ana Milena a la deriva, haciendo grandes esfuerzos por no dejarse arrastrar mar adentro, pero es casi imposible. De pronto, ¡la salvación! Llega una lancha de la guardia costera... Pero les dicen que no pueden recogerlos, que hay otra emergencia, unos náufragos que están en peores condiciones, que naden hasta la boya y que allí los recogerán más tarde. Ellos no lo pueden creer. Les ruegan a los guardias, pero todo es en vano. La lancha se aleja. Ana Milena no se rinde. Haciendo de tripas corazón logra enderezar la canoa y subir a bordo a Danny, que está casi desmayado, y remar hasta la playa.

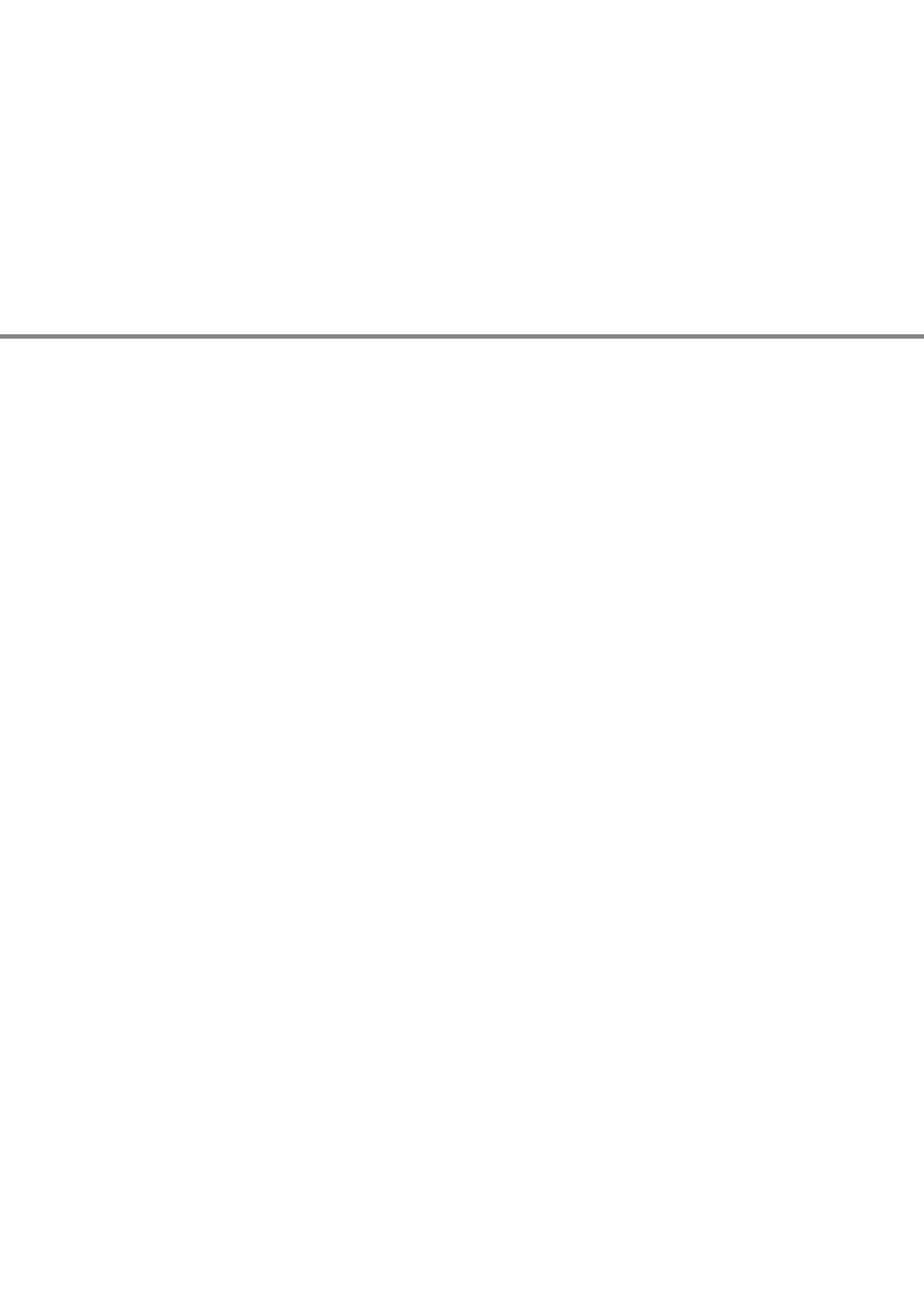
Danny tiene una mirada nostálgica, como si su barca estuviera esperándolo en el muelle de la isla que no figura en el mapa, pero su corazón está cada vez más convencido de que ser bombero es un honor, que pertenece a una comunidad fuerte y solidaria, y que él siempre estará al servicio de quien necesite ayuda.

—Danny, ¿por qué te gustaría hacer esto toda tu vida?

—Porque no quiero que nadie más se sienta indefenso —

CONTRIBUYENTES A LA ESTRATEGIA TIO







Maurice Armitage

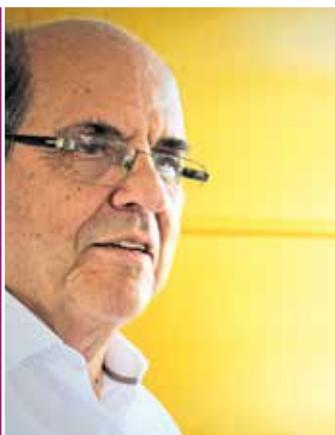
Alcalde de Cali 2016-2019

Llegó a la Alcaldía de Cali con propuestas dirigidas a mejorar el nivel de vida de los habitantes de la ciudad y las está concretando con sus programas para generar ingresos y promover la equidad y el entendimiento entre sus habitantes.

Durante su carrera como empresario ha forjado una siderúrgica, un ingenio azucarero y una cementera.

En la Siderúrgica de Occidente pone en práctica sus ideales de equidad, perseverancia, transparencia y generosidad. "A la sociedad la empezamos a cambiar en la medida en que estemos dispuestos a ser más justos y distributivos", asegura.

En la ciudad, Armitage ha apoyado obras de gran impacto social, como el Tecnocentro Somos Pacífico, los hospitales Isaías Duarte Cancino, Club Noel y el Centro de Salud de Siloé. Sin embargo, su trabajo por la paz no se limita al ámbito local. Su objetivo es sentar las bases para que Cali quede establecida como la capital del posconflicto y un modelo en materia de tratamiento a población de reinsertados. ■

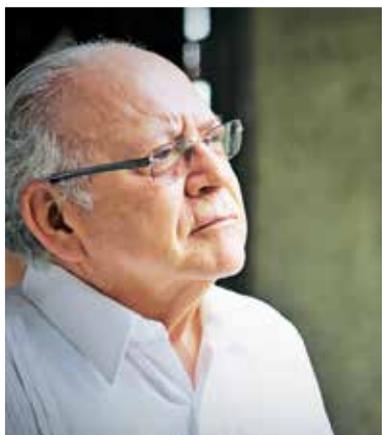


**Rodrigo
Guerrero Velasco**

Alcalde de Cali 2012-2015

Experto en prevención de violencia, ha contribuido en la construcción de un modelo nacional sobre el uso de la información para la toma de decisiones públicas que conduzcan a la reducción de las tasas de muertes y lesiones por eventos de causa externa. Es médico egresado de la Universidad del Valle, tiene una maestría en Epidemiología y un doctorado en Salud Pública de la Universidad de Harvard. Ha sido decano de la Facultad de Medicina de la Universidad del Valle, director del Hospital Universitario del Valle, secretario de Salud de Cali, rector de la Universidad del Valle, alcalde de Cali, por elección popular, en los periodos 1992-1995 y 2012-2015, y concejal de Cali entre 2008 y 2010.

Trabajó en la Organización Mundial de la Salud, la Organización Panamericana de la Salud, el Banco Interamericano, el Banco Mundial y la Corporación Andina de Fomento en programas de manejo y control de la violencia. ■



**Óscar
Rojas Rentería**

Director TIO 2013 a la fecha

Médico de la Universidad del Valle con posgrados en Salud Pública y Epidemiología de la misma universidad y de la Universidad de Londres, respectivamente. Fue viceministro de Salud de Colombia, director del Hospital Universitario del Valle, rector de la Universidad del Valle y vicepresidente de las fundaciones FES y Carvajal, dos de las ONG más grandes del país.

Trabajó en consultorías de organismos internacionales como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Organización Mundial de la Salud (OMS). Dirigió el Centro Colaborador de la OMS en Colombia para asuntos de investigación y desarrollo de capacidad de organizaciones que trabajan en salud sexual y reproductiva. Fue director ejecutivo de la Fundación AlvarAlice en Cali, ONG que trabaja en las áreas de educación, salud, acción cívica, construcción de paz, microfinanzas y generación de ingresos para grupos vulnerables.

En los últimos años ha asesorado a los alcaldes de Cali Rodrigo Guerrero y Maurice Armitage en temas sociales estratégicos. ■



Gustavo de Roux Rengifo

Fundador de TIO
y su primer director

Es ingeniero agrónomo con posgrado en Sociología del Desarrollo y doctorado en Estudios de Desarrollo, disciplinas que lo llevaron a estudiar el capital social y los problemas sociales del Valle del Cauca.

Fue ministro de Salud Pública, director del Informe de Desarrollo Humano para el Valle del Cauca, de la Alianza de Educación para la Paz (Alianza del Banco Mundial, la OEI, PNUD, Unicef, el Convenio Andrés Bello y el Ministerio de Educación). Fue decano de la Facultad de Educación de la Universidad del Valle y de la Facultad de Derechos Humanos de la Universidad Católica Lumen Gentium. Vivió durante diez años en comunidades rurales de la costa Pacífica y el norte del Cauca orientando programas de investigación participativa para fortalecer las redes sociales y las alianzas estratégicas conducentes a la obtención de soluciones de problemas comunitarios. Ha trabajado intensivamente en proyectos de prevención de violencia en comunidades urbanas marginales. ■



Jaime Quevedo Caicedo

Coordinador TIO 2013-2014

Ingeniero industrial, de la Pontificia Universidad Javeriana de Cali (Colombia); con título de maestría en educación, de la Universidad de Stanford (Estados Unidos). Después de una experiencia de cinco años trabajando para una multinacional en Colombia y México, Jaime ha dedicado su vida profesional a la superación de la pobreza de comunidades vulnerables. Ha trabajado en el sector ONG para entidades como First Book, Fundación Carvajal y el Tecnocentro Cultural Somos Pacífico. Fue secretario de bienestar social y, posteriormente, coordinador de la Estrategia TIO, durante la alcaldía de Rodrigo Guerrero (2012-2015). Actualmente, es el director ejecutivo de la Fundación Mayagüez, una ONG que trabaja en programas de educación y generación de ingresos para comunidades rurales del departamento del Valle del Cauca (Colombia). ■



**Vivian
Argueta Bernal**

Coordinadora TIO 2014-2016

Especialista en Desarrollo urbano y planeación social, con maestría en Políticas Públicas de la Universidad de Tsinghua, y estudios de licenciatura en Harvard y en la Universidad Internacional Landegg. Desde hace diez años promueve el desarrollo urbano en Asia, Europa, América Latina y el Medio Oriente. Ha realizado consultorías para el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y las Naciones Unidas. Se ha enfocado en la preparación, manejo e implementación de proyectos de infraestructura acompañados por programas sociales comprensivos para asistir al desarrollo integral y la resiliencia de comunidades vulnerables. Tiene experiencia en temas de transporte, saneamiento, vivienda, salud, educación, generación de ingresos, sectores de desarrollo urbano y estrategias de reducción de pobreza. Trabajó para la municipalidad de Cali desde 2014 hasta 2015 con Rodrigo Guerrero, como coordinadora de TIO, y actualmente con Maurice Armitage, como directora de Resiliencia. ■



Juan Camilo Cock

Subsecretario de Territorios de
Inclusión y Oportunidades

Antropólogo con doctorado en Geografía Humana, Juan Camilo ha trabajado con comunidades vulnerables: campesinos, inmigrantes indocumentados, refugiados y comunidades urbanas excluidas. Vivió diez años en el Reino Unido, donde formó parte de la Red por los Derechos de los Inmigrantes, liderando proyectos de desarrollo comunitario, movilización social y activismo con inmigrantes y refugiados. Entre 2013 y 2016 estuvo a cargo del área de Cultura Ciudadana de la Fundación para la Educación y el Desarrollo Social, coordinando iniciativas de convivencia, proyectos de cultura ambiental, de formación en derechos con jóvenes e iniciativas de cultura ciudadana en varias zonas de Colombia. En agosto de 2016 asumió la coordinación de la estrategia TIO y desde enero de 2017 tiene el cargo de Subsecretario de Territorios de Inclusión y Oportunidades. ■



**Adriana
Guarnizo Novoa**

Líder disminución de la pobreza

Administradora de empresas con especialización en Mercadeo. Adriana ha trabajado con varias ONG en el desarrollo de estrategias en programas de generación de ingresos (empleabilidad, emprendimiento) para población vulnerable, procesos de interventoría y elaboración de proyectos en convocatorias nacionales e internacionales. Ha coordinado proyectos empresariales con poblaciones desplazadas, afrodescendientes o vulnerables. Ha logrado establecer alianzas estratégicas con el sector público y privado y organismos de cooperación, facilitar y asesorar proyectos empresariales. Adicionalmente, se desempeña como docente universitaria de Emprendimiento y Mercadeo. Desde febrero de 2014 está vinculada a TIO y actualmente lidera la línea "Disminución del hambre y la pobreza". ■



Clara Malpud Realpe

Líder de desarrollo comunitario

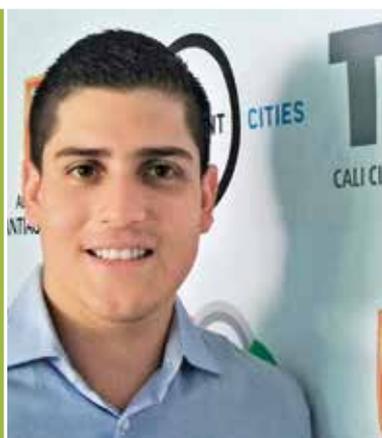
Profesional de Estudios Políticos y Resolución de Conflictos con especialización en Intervención Social y Desarrollo Comunitario y candidata a maestría en Estudios Interdisciplinarios del Desarrollo (en tesis). Tiene quince años de experiencia de trabajo con comunidades y hace acompañamiento social a grupos de poblaciones y organizaciones de jóvenes, mujeres y comunidades afros e indígenas. En el campo de la investigación, participó en la producción del informe “Hacia un Valle del Cauca Incluyente y Pacífico”, de las Naciones Unidas, y en las investigaciones “Participación política de jóvenes desvinculados y reincorporados del conflicto armado y su incidencia en las políticas públicas de juventud”, de la Universidad del Valle, y “Participación juvenil en el norte del Cauca”. Desde 2013 está vinculada a TIO y actualmente lidera las líneas “Entornos para la vida” y “Participación democrática”. ■



Patricia Lañas Romero

Líder de monitoreo,
seguimiento y evaluación

Ingeniera industrial con formación en gerencia, formulación, estructuración, gestión y evaluación de proyectos. Tiene estudios en operación bursátil, programación neurolingüística y políticas públicas locales de cohesión social. Cuenta veintún años de experiencia laboral en proyectos de índole social, académica y ambiental. En el sector público ha trabajado en planeación y en gestión de calidad. Se vinculó a TIO en 2016, apoyando la planeación y el seguimiento a las acciones de la estrategia. ■



Andrés Robledo Acosta

Líder territorios pacíficos,
incluyentes y más equitativos

Economista y negociador internacional, magíster en Gobierno de la Universidad Icesi de Cali. Andrés ha trabajado en el Instituto Financiero para el Desarrollo del Valle del Cauca, en la Dirección de Asuntos para las Comunidades Negras, Afrocolombianas, Raizales y Palenqueras del Ministerio del Interior y en la intervención en comunidades vulnerables a través de la Secretaría de Desarrollo Territorial y Bienestar Social de Santiago de Cali en las áreas administrativa, financiera y de gestión interinstitucional. También ha realizado trabajos investigativos como la caracterización sociodemográfica de los vendedores ambulantes de la zona céntrica de Santiago de Cali. Ahora se desempeña como líder de la línea "Territorios pacíficos, incluyentes y más equitativos" de la estrategia TIO. ■



Flor Carrillo

Líder educación

Profesional en Recreación de la Universidad del Valle y magíster en Educación y Desarrollo Humano de la Universidad de Manizales. Tiene amplia experiencia en temas de educación, convivencia escolar, mediación, resolución de conflictos y derechos sexuales y reproductivos. Participó en investigaciones de la Universidad del Valle sobre el proyecto de creación de juegos para la convivencia "Juegos Simulacro". Asesoró la investigación en el Proyecto Ondas de Colciencias en cuatro proyectos a nivel departamental. Se ha desempeñado como profesional de campo en proyectos pedagógicos para la articulación de las artes y la educación para el mejoramiento de la convivencia escolar. En la Fundación Foro Nacional por Colombia coordinó y evaluó proyectos pedagógicos de convivencia y derechos sexuales y reproductivos en cuatro departamentos del país. Actualmente lidera la línea "Educación con calidad y pertinencia para todos" de TIO. ■



Aida Lilián Garcés Ríos

Profesional de apoyo línea
disminución del hambre y la pobreza

Profesional en Comercio Internacional con especialización en Marketing Estratégico de la Universidad del Valle. Trabajó en la ONG Fundación AlvarAlice en 2001 como coordinadora de Proyectos Especiales desarrollando diversas actividades de coordinación interinstitucional en el marco de los programas de la fundación. Apoyó al Municipio de Cali desde 2014 hasta 2015 en el diseño e implementación de la Estrategia Territorios de Inclusión y Oportunidades (TIO) realizando seguimiento y monitoreo de intervenciones y obras proyectadas por la comunidad y ejecutadas por el Municipio a través de sus diversas secretarías. Actualmente, y en el marco de la línea “Generación de ingresos”, acompaña las estrategias que buscan incentivar la generación de ingresos a través de programas de empleabilidad, fortalecimiento empresarial y emprendimiento, e identifica aliados que coadyuven a la concreción de estos objetivos. ■



Rúsbel Julio Mora Palomino

Profesional de apoyo
en desarrollo comunitario

Es sociólogo de la Universidad del Valle y contratista de la Administración municipal desde el año 2009 en las secretarías de Gobierno, General y de Desarrollo Territorial y Bienestar Social y en el Dagma. Ha hecho trabajo comunitario en las comunas de ladera, oriente y sectores rurales. Es parte del equipo de la estrategia TIO desde enero de 2016. ■



Peter Bonilla

Profesional de seguimiento
a intervenciones físicas

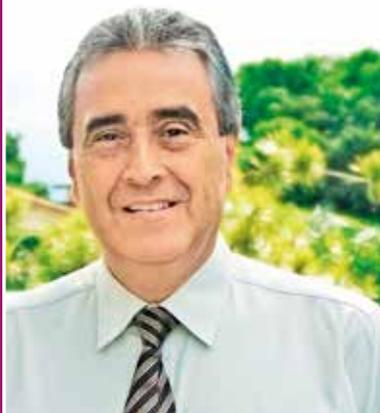
Arquitecto de la Universidad del Pacífico. Ha estado vinculado a diversas administraciones municipales y entidades territoriales, como la Alcaldía distrital de Buenaventura, Alcaldía municipal de Santiago de Cali y el Instituto Geográfico Agustín Codazzi. Forma parte del equipo de la estrategia TIO desde mediados del año 2016 en la línea “Desarrollo de labores de priorización, viabilidad y seguimiento de los proyectos de obra física”. ■



Martha Cecilia Borrero Atehortúa

Formadora en habilidades de crianza

Tecnóloga en Educación Inicial del Instituto Tecnológico de Antioquia. Tiene treinta años de experiencia trabajando con grupos de mujeres en procesos de formación. Fue educadora en colegios privados en las asignaturas Proyecto de vida y Educación para el amor, desde la primera infancia hasta el grado once. Cuenta con certificación como facilitadora del taller Habilidades de crianza, con metodología de la Fundación Carvajal. Forma parte del equipo TIO desde 2014. Gestiona y articula la conexión con instituciones públicas y privadas para llevar esta experiencia transformadora a más de 400 madres, padres y cuidadores de niños y niñas de población vulnerable. ■

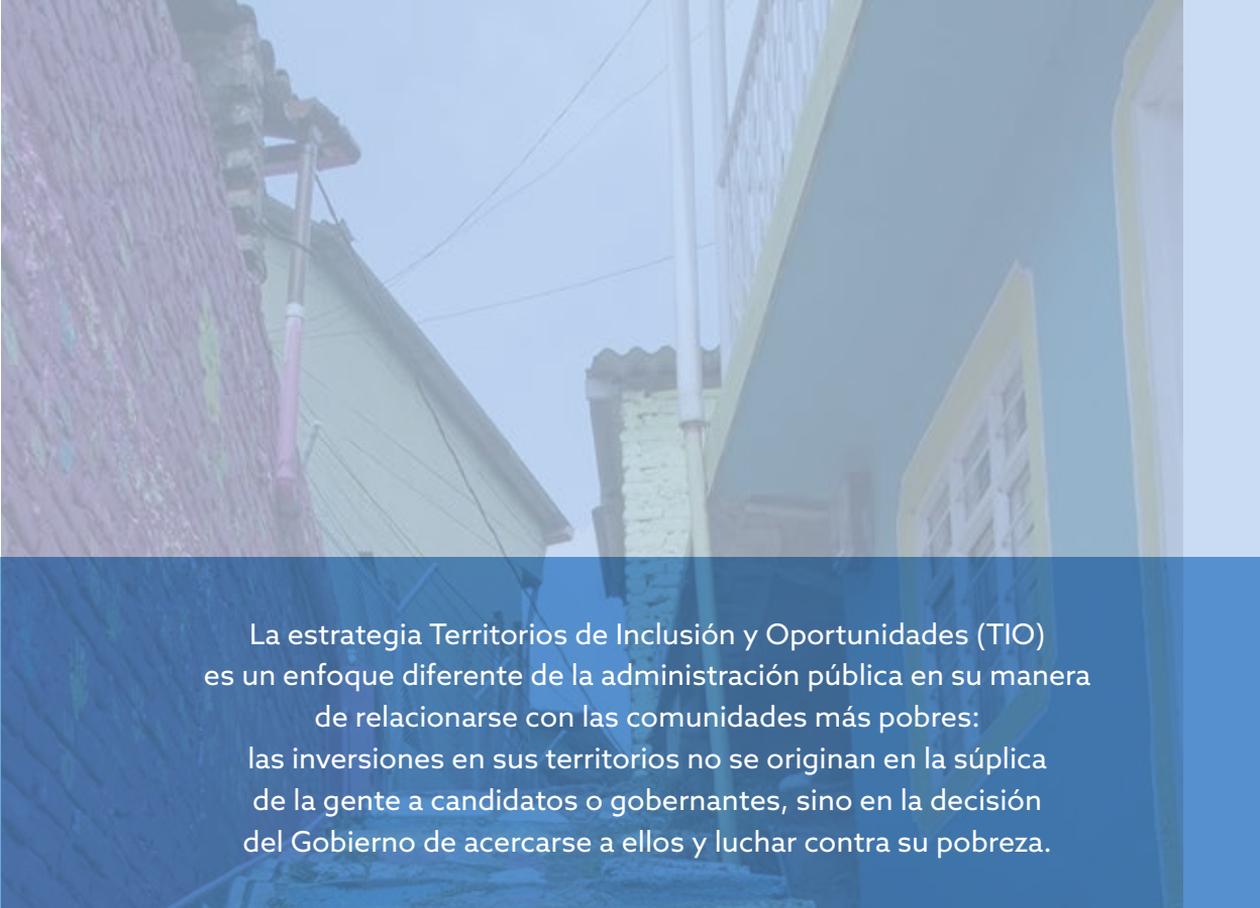


**Fernando
Marín Escobar,
un socio vital**

Corporación
para la Recreación Popular

Administrador de empresas de la Universidad del Valle. Ejecutivo de Industrias Atlantis, Laboratorio Baxter Beiersdorf de Colombia, Aluminios Alcan, Celanese, Comfandi y Deportivo Cali.

Gerencia desde 2002 la Corporación para la Recreación Popular, cargo desde el cual ha gestado muchos proyectos de carácter social para Cali: semilleros de deportistas, clases en jornada alterna, campañas nutricionales y jornadas de ciencia, tecnología, emprendimiento, formación humana y desarrollo personal en instituciones educativas ubicadas en territorios TIO. La corporación fue una aliada clave de TIO. Su generosidad hizo posible la realización de este libro. ■



La estrategia Territorios de Inclusión y Oportunidades (TIO) es un enfoque diferente de la administración pública en su manera de relacionarse con las comunidades más pobres: las inversiones en sus territorios no se originan en la súplica de la gente a candidatos o gobernantes, sino en la decisión del Gobierno de acercarse a ellos y luchar contra su pobreza.

